Laúd y cicatrices

Danilo Kiš

Traducción de Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pištelek

«Acababa de volver a París después de las vacaciones de Semana Santa. Vivo en el distrito diez y no sufro de nostalgia. En los días soleados me despiertan los pájaros, igual que en Vodovac; por la puerta de la terraza abierta, oigo a los serbios llamarse a gritos y jurar como carreteros; por la mañana temprano, mientras calientan sus coches, surge del casete el acordeón atronador. Por un momento, no sé dónde estoy».

Como el narrador de esta historia todos los personajes, reales o ficticios, que transitan por los cuentos de LAÚD Y CICATRICES pertenecen a esa galería de «destinos centroeuropeos» que son los emigrados del siglo XX.

Los escritores Ivo Andri, Odon Von Horvath o el mismo Danilo Kiš son protagonistas de los relatos de este libro, y con ellos, un poeta, un suicida, un apátrida, un prisionero… Partiendo de sus propios recuerdos, de historias reales o imaginadas, de sueños y vigilias, Danilo Kiš se adentra en un puñado de vidas unidas por el desarraigo y el exilio.

Danilo Kiš

Laúd y Cicatrices

ePub r1.0
Titivillus 21.01.2017

Título original: *Lauta i Ožiljci*
Danilo Kiš, 1994
Traducción: Luisa Fernanda Garrido & Tihomir Pištelek
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

El apátrida

1

«Llego a París el 28 de mayo de 1938».

Se alojó en un hotel del Barrio Latino, cerca del teatro Odeón. Este hotel despertaba en él pensamientos lúgubres y por la noche, al apagar la lámpara de la mesilla, se le aparecían fantasmas, alrededor de los cuales todavía flotaban, como mortajas, las sábanas de la habitación desplegadas. Una de las parejas de espíritus le era familiar y el señor sin patria revivió en su interior la imagen del poeta y de su amante, tal como los había visto en la foto del libro conmemorativo dedicado a ese poeta: ella, Leda, con un sombrero enorme que le arrojaba sombra sobre la cara como si un velo le cubriese los ojos, aunque esa oscuridad no bastaba para ocultar la contracción, apenas visible, que se formaba alrededor de sus labios, causada por la edad y la sensualidad; él, el poeta, herido por el amor y la enfermedad, con los ojos desorbitados por el hipertiroidismo, en los que aún brillaba el fuego como si se tratase de la mirada del primer violinista de una orquesta cíngara. Que el trovador de Leda antaño se alojaba siempre en este hotel, lo sabía, entonces, probablemente sólo él, el señor sin patria. Cuando llegó al hotel, preguntó al portero si en ese establecimiento, alrededor del año mil novecientos diez, había residido el poeta… y pronunció su nombre. El joven, evidentemente confuso por el nombre extranjero,

dijo de golpe en su lengua materna: «¡No comprendo, señor!»[1]. El señor sin patria se convenció una vez más de hasta qué punto las fronteras que dividen los mundos son insalvables y hasta qué punto la lengua constituye la única patria del hombre. Acto seguido, cogió la llave y se dirigió a su habitación en la segunda planta, corriendo escaleras arriba, porque en los últimos tiempos evitaba los ascensores.

2

«Los testimonios de este postrer período de su vida son contradictorios. Unos lo ven, obsesionado por la angustia, evitando con miedo supersticioso los ascensores y automóviles, mientras que otros…».

Una vez leyó en un periódico, de eso han pasado más de veinte años, que un joven, en Budapest, se había precipitado con el ascensor y que lo encontraron aplastado en el sótano. Este suceso lejano se había grabado en su memoria y allí dormitó durante años escondido, para resurgir un día, igual que emerge a la superficie del agua un cadáver al perder la piedra que lo arrastraba. Había ocurrido unos meses atrás, mientras esperaba el ascensor en la oficina de un editor de Berlín. Apretó el botón y oyó cómo el antiguo elevador francés bajaba zumbando en su jaula desde alguna parte en las alturas. Y entonces, de repente, con una ligera sacudida, se paró ante él, justo delante de sus narices, un ataúd negro barnizado, forrado de seda morada con lirios estampados como el revés de un brillante crep de la China, con un enorme espejo veneciano de bordes pulidos y cristal verde semejante a la superficie de un lago límpido. Este féretro vertical, encargado para un entierro de primera clase, movido por la fuerza invisible del *Deus ex machina*, que había bajado de las alturas y se acercaba navegando como la barca de Caronte, aguardaba ahora al viajero pálido que estaba indeciso y petrificado, apretando bajo el brazo el

manuscrito de su última novela titulada *El hombre sin patria* (y observaba en el espejo, a través de las rejas, al viajero pálido que indeciso y petrificado apretaba bajo el brazo el manuscrito de su última novela), y lo esperaba no para trasladarlo al «más allá», sino sólo hasta el oscuro sótano, tanatorio y cementerio, donde descansaban en sarcófagos similares viajeros extraviados de ojos vidriosos.

3

Al llegar a la habitación, a la que el portero ya había llevado su equipaje, el huésped colocó primero los manuscritos sobre la mesa y luego empezó a apuntar las impresiones de la jornada. En los últimos años, el señor sin patria escribía cada vez más en los hoteles, durante la noche o el día, en cafés, encima de mesas de mármol falso.

4

Anotó rápidamente unas observaciones, unas *Bilder*: una vendedora de periódico que sorbe la sopa del plato y tiene junto a las fosas nasales una úlcera del tamaño de una moneda, una herida en carne viva; una mujer enana que intenta subir al tren; un camarero que suma las cuentas sujetando el bolígrafo entre el meñique y el índice porque le faltan los otros dedos; un portero pustuloso con un forúnculo en el cuello, etcétera.

5

Despreciaba los duelos como símbolo de la presunción de los señoritos, al igual que las broncas y los ajustes de cuentas a puñetazos o con navajas, pero no por eso estaba menos obsesionado con la brutalidad humana, en la que veía sólo el reflejo de la barbarie de la sociedad. La deformidad física, y todo lo que era anormal en la gente le fascinaba, porque apreciaba en ello la cara oculta de lo «normal». Los gigantes, los enanos, los ases del boxeo, los personajes monstruosos de las ferias desencadenaban en él toda una serie de asociaciones metafísicas. Ensordecido por el fragor de los hinchas, observaba sus rostros enloquecidos. Encerrado entre los forofos enajenados, se dio cuenta, percibió físicamente, el significado de unos conceptos abstractos, como son la colectividad, el caudillo, la idea, y también el sentido del antiguo lema sobre el pan y el circo, que resume de forma sentenciosa toda la planta baja de la historia moderna.

6

Este poeta tenía, allá en su patria, su monumento y sus calles; tenía generaciones de adoradores para los que él era un mito, admiradores que lo ponían por las nubes y se extasiaban ante su verso y su lenguaje como emanación del espíritu nacional; tenía también enemigos mortales que lo consideraban un traidor a los ideales nacionales, un hombre que se había vendido a los alemanes y a los judíos, a los nobles y a los burgueses, y al que negaban todo tipo de originalidad, tachándolo de simple imitador de los simbolistas franceses, plagiario de Verlaine y Baudelaire, y del que escribían panfletos llenos de acusaciones y calumnias de todo género.

7

Su padre, Aladar von Nemeth, empezó con mucha modestia la carrera «diplomática», como agregado naval de la Lloyd de Budapest, y su primer destino fue Rijeka (Fiume). El viaje a Fiume coincidió con la luna de miel del joven diplomático, que acababa de casarse con una tal Zofia, de soltera Dvorăk. En esta ciudad consular y diplomática vio la luz del día el futuro «apátrida», que guardará toda la vida en su interior el recuerdo del mar y de una palmera delante de la ventana que se inclinaba ante los golpes del viento del norte, como ilustración de un proverbio espartano, muy apreciado por su padre: que la resistencia se adquiere en la lucha constante contra los elementos.

8

Su habitación estaba cubierta de tapices y el suelo con piel de cordero; en verano se echaban las cortinas de las ventanas para protegerlo del sol, y en invierno, una enorme estufa de cerámica de Fayenza, parecida a una de esas catedrales modernistas, calentaba los salones. A partir de su quinto cumpleaños, por razones de higiene y conforme al espíritu espartano, dejó de calentarse su dormitorio infantil; las niñeras se acostaban de vez en cuando en la cama del niño para templar los pesados edredones con su calor de aldeanas sanas.

9

Su bisabuelo materno (con patillas, el sombrero de media copa en el brazo izquierdo doblado, el codo derecho apoyado sobre un estante alto; encima del estante, un jarrón con rosas de papel; a sus pies, un enorme dogo de Fayenza) se llamaba Feldner. Aparte de esta foto con las rosas de papel, no había muchos documentos suyos en la casa y de él se hablaba con cierto sentimiento de culpa: «el difunto Feldner» (siempre por el apellido y siempre añadiendo «difunto»). Que algún pecado primitivo, una especie de pecado original familiar, provenía de él, era más que seguro. Por eso eran raros los papeles que le atañían, por eso, esta única fotografía en el álbum.

10

Esta cara redonda de grandes bigotes y patillas, es el padre del poeta, el honorable Dr. Aladar von Nemeth, en compañía de Lajos von Hatvany («que mantuvo correspondencia con Thomas Mann y Romain Rolland»). Y ésta, es la madre del escritor (el rostro sereno bajo una corona de cabellos claros recogidos en una guirnalda). Aquí vemos a la familia en una barca, en un río. En el revés de la foto: «Belgrado, 1905». Los muros altos, con una torre que se vislumbra en un segundo plano, son los de la fortaleza de Kalemegdan. En un claro del bosque, los invitados están sentados alrededor de una mesa de madera toscamente tallada. El niño, en el regazo de la madre; a su lado, el señor Aladar von Nemeth con una escopeta de caza cuya culata apoya sobre la mesa como si fuera un bandolero cualquiera; en el lugar de honor, un señor con sombrero de cazador; las señoras también con sombrero; los caballeros vestidos con túnicas húngaras; «Dr. Aladar von Nemeth en compañía de su Alteza Luis III, Rey de Baviera. Presburgo/ Bratislava». El niño en la bicicleta; con una mano se apoya en una

pared cubierta de hiedra: «Budapest, Rakoczianum, 1913». El joven con un grupo de alumnos y profesores; Egon von Nemeth está señalado con una flecha pequeña: «Munich, Wilhelmgymnasium, 1914», etcétera.

11

Gracias a un poeta, pronto aprendió el lenguaje secreto y cifrado del amor. A los dieciocho años, enamorado de una estudiante, una alemana, descubrió que en la obra de dicho poeta existía un poema para cada una de las situaciones amorosas (para la euforia, la decepción, el temblor, el arrepentimiento), y se puso a traducir. Así, tradujo —naturalmente *à propos*— unos cincuenta poemas, y cuando este ciclo amoroso empezó a titilar en alemán y ya se encontraba en la imprenta, el amor alcanzó, a través de la cristalización (por hablar como Stendhal), el punto en el que la pasión comienza a arder sin llama y a extinguirse. De todo esto, detrás de la aventura juvenil y de tanta exaltación amorosa, quedó sólo esa colección de poesías traducidas, como si se tratase de un álbum de recuerdos ajado, y aquel eco violeta alrededor de las cosas en sus novelas, la carga lírica de sus frases que los críticos advertirían no sin cierta vacilación.

12

Todo ser joven y sensible, sobre todo si ha sido tocado por la educación y la música —y tal era su caso— tiende a interpretar los

turbios arrebatos del cuerpo y del alma, ese magma lírico de la juventud, como señales prematuras de talento, aunque con frecuencia se trate sólo del misterioso centelleo de la sensibilidad, esa turbia combinación de secreción glandular y contracción del sistema simpático, simbiosis de tectónica orgánica y de música del alma, que son un don de la juventud y de la exuberancia espiritual y que, similares a la poesía por sus estremecimientos, pueden ser fácilmente confundidas con ésta. Y una vez poseído por semejante magia —que se convierte con los años en una costumbre peligrosa, como el tabaco y el alcohol—, uno continúa escribiendo, con la mano hábil de un versificador, sonetos y elegías, versos patrióticos y circunstanciales, aunque no se trate más que de un mecanismo en marcha que arrancó en la juventud y que ahora, por la fuerza de la inercia y de la costumbre, da vueltas con el más mínimo soplo de brisa, como un molino de viento vacío.

13

Egon von Nemeth despoja deliberadamente su obra de cualquier elemento autobiográfico en los tiempos en los que el *Bildungsroman* florecía en la literatura europea y los escritores construían su obra a partir de la procedencia social del protagonista (el «narrador» tras el que se esconde una autobiografía apenas modificada), que culpa sin cesar a su entorno y se opone a él, destacando penosamente su rebelión o por el contrario, elige el otro tipo de *vanitas* que revela el origen popular del autor —librándolo del pecado original y de una inexorable responsabilidad en los males de este mundo, y atribuyéndole cierto derecho divino para nombrar el mal sin remordimiento—. Von Nemeth consideraba a los progenitores y los orígenes como una bagatela y una casualidad, presintiendo, con clarividencia, en la teoría del origen social las huellas de una nueva y peligrosa teología del pecado original, ante la que el individuo permanece indefenso, señalado para la eternidad como si le

hubieran marcado con un hierro al rojo vivo el estigma del pecado en la frente.

14

«Yo soy la típica mezcla de la monarquía austrohúngara, que en paz descanse: al mismo tiempo húngaro, croata, eslovaco, alemán, checo y si empezara a husmear entre mis antepasados y a someter mi sangre al análisis —una ciencia muy de moda hoy día entre los nacionalistas— encontraría allí, como en el cauce de un río, rastros de sangre rumana, armenia y quizá gitana y judía. Yo, sin embargo, no reconozco esta ciencia de análisis espectral de sangre; una disciplina, por lo demás, de valor bastante dudoso, peligrosa e inhumana, sobre todo en esta época y en nuestra región, donde la nefasta teoría de suelo y sangre crea únicamente desconfianza y odio y donde este "análisis espectral de sangre y origen" se lleva a cabo preferiblemente de forma espectacular y primitiva, con cuchillo y pistola. Soy bilingüe desde que nací y he escrito en húngaro y alemán hasta cumplir los dieciocho años, cuando, después de traducir libremente la colección de poemas de un poeta magiar, me decidí por el alemán, ya que me era más familiar. Señores, soy un escritor alemán; el mundo es mi patria».

(De acuerdo con este texto, extraído de una entrevista del año 1934, de su álbum de familia, se podría suponer que el «difunto Feldner» pertenecía quizás a uno de estos «grupos sanguíneos» peligrosos que los nacionalistas consideraban hereditarios como la sífilis.)

15

Esta postura suya era en primer lugar la consecuencia de su resistencia orgánica hacia lo banal. Porque la teoría del origen, por un lado *racial* y por otro, *social*, había adquirido en aquellos años dimensiones monstruosas y se había convertido en el lugar común de todos los malentendidos y de todos los acercamientos: la gran idea de la comunidad había descendido a los salones y mercados, reunía bajo su estandarte a sabios y a estúpidos, mentes nobles y chusma, gente, por consiguiente, que carecía de cualquier afinidad, sin ningún parentesco espiritual, sólo esta teoría banal y peligrosa, reducida a la cursilería, del origen racial y social. Por eso en la obra de Egon von Nemeth, la cual abarca todas las clases sociales de la Europa de entonces —la nobleza, la alta burguesía, la clase media, los intelectuales de todos los orígenes, los comerciantes y artesanos, los empleados y funcionarios, los parásitos y el lumpen-proletariado, los obreros, los campesinos, los nacionalistas, los soldados, los conservadores, los socialdemócratas, los revolucionarios— no existen elementos autobiográficos. El testigo requiere neutralidad, tanto el arrepentimiento de unos como los prejuicios de los otros deben serle ajenos.

16

El señor sin patria, el apátrida, el cosmopolita —como lo llamaban todos los periódicos de su país— llegó a mediados de abril a Amsterdam, trazando un círculo a través de Italia, Yugoslavia y Hungría. De paso, en Budapest quería ver a su padre viejo y enfermo y sentir el clima europeo, con el fin de poder encontrar un material más fiable y actual para su nueva novela, *Adiós, Europa*. Desde Budapest, al despedirse de su padre consciente de que, probablemente, no volvería a verlo, prosiguió su viaje a

Amsterdam, donde entabló negociaciones con su editor, un tal Lange, el mismo que un año antes había publicado su primera novela, en alemán.

17

El señor Van de Lange era uno de esos editores jóvenes que, de repente —por una decisión inesperada— dejan de dirigir su amor por la literatura, y quizá su talento, hacia una fama literaria incierta, para enfocarlo a la mucho más segura labor de editar los libros que les habría gustado (¿y tal vez habrían podido?) escribir ellos mismos. Al heredar de su padre una pequeña biblioteca de préstamo, que además era un poco librería y un poco papelería, el señor Van de Lange tomó en cierto momento la determinación de imprimir los libros de sus amigos, quemando, no sin pesar, sus propios poemas. Era amante de la literatura alemana, y según él, fue Heine el poeta que lo había envenenado por primera vez con fantasías poéticas y le había enseñado a distinguir lo lírico de lo irónico, así como las relaciones sutiles que existen entre ellos —un arte muy raro tanto entre los escritores como entre los lectores—. En los años treinta, cuando a los autores alemanes les resultaba cada vez más difícil encontrar un editor en su patria, porque se los consideraba poco entusiasmados con el espíritu nacional o contaminados por la herencia de sangre, el señor Van de Lange empezó a publicar libros de refugiados alemanes, sin traicionar su propio gusto. Los escritores encontraban en él no sólo un editor para sus libros, sino también palabras amistosas y de aliento. En resumidas cuentas, no era uno de esos editores a los que el éxito, el dinero y la fama han vuelto engreídos e inaccesibles, ni de esos que hacen su trabajo de forma rutinaria, juzgando a los escritores como charlatanes y haraganes que, en vez de dedicarse a cosas serias, se ocupan de una incierta y absurda[2]…

18

Si no fuera por los periódicos (el señor sin patria los leía durante las primeras horas de la mañana en el restaurante del hotel) que hablaban del rearme, de la vertiginosa subida de los precios y del desempleo, de las negociaciones diplomáticas y de cierta precipitación y nerviosismo, aquí, en Amsterdam, uno podía creer que aún vivía en la vieja y buena Europa, y que la amenaza de guerra, Munich, el incendio del *Reichstag*, no eran más que pesadillas y alucinaciones de una sensibilidad enferma. El señor Van de Lange, su editor, un hombre de prominente mandíbula inferior y ojos serenos y tiernos (como si la parte baja de su cara estuviese separada de la alta por siglos de civilización), charlaba con él tomando café y coñac, como si los dos estuvieran en una isla. El señor Van de Lange estaba bastante bien informado sobre la situación en Alemania, y, a pesar de la disciplina férrea que obliga a guardar la calma y sangre fría —señal no sólo de buenos modales, sino también de una educación superior— mostró no poca preocupación por el destino de la cultura alemana y el futuro de Europa. En lo referente a los negocios, se ocupó de ellos aplicando la misma cortesía de un hombre realista y lúcido y estipuló con el señor sin patria un contrato con el que ninguna de las partes firmantes podía estar descontenta. Pero cuando éste le expuso la «situación alemana» a través de su experiencia personal, es decir, como testigo, el señor Van de Lange se entristeció igual que si acabara de oír una cosa terriblemente desagradable que concernía a su madre y era imposible de refutar.

19

Después de una Europa nerviosa y abatida, en la que la gente se aglomeraba en las calles, escuchando bajo los balcones a oradores y

demagogos, en la que los ejércitos desfilaban por las avenidas y la muchedumbre aullaba en los estadios, el señor sin patria se encontró de repente, un día despejado de abril, en Amsterdam, como si estuviera fuera de este mundo. Las vendedoras en los mercados gritaban con voz ronca pero alegre sin rastro de angustia; en los puestos de pescado fresco, las amas de casa manoseaban los peces gordos, que aún coleaban; los muchachos conducían sus bicicletas respetuosamente, moviendo los pedales con lentitud y regularidad, los radios de las ruedas brillaban al sol. Al lado del mercado, un organillo enorme, pintado de naranja, parecido a un carruaje elegante, tocaba algún tipo de popurrí. Dos niñas con trajes típicos, pañuelos blancos y zuecos amarillos, tendían a los transeúntes botes con el símbolo de la Cruz Roja. Las chalanas navegaban apaciblemente por los canales, ropa multicolor se secaba en las cuerdas, sobre la cubierta alguien tocaba la armónica imitando a un canario… A través de las ventanas bajas sin cortinas, se podía ver a las familias sentadas a la mesa alrededor de una fuente grande y humeante: un detalle de luz en la idílica escena hogareña como en el cuadro de un gran maestro holandés.

20

Allí, en Amsterdam, en una calle perdida y estrecha en las inmediaciones del canal, el señor sin patria entró una tarde en la tienda de un adivino, un «extra-mago», cuyo letrero había llamado su atención por el anuncio exagerado del que no podía decirse que le faltara imaginación: «¿Qué le espera mañana? Sólo lo saben el Señor y Satanás. Y su discípulo, el señor Gottlieb», etcétera[3].

21

Cruzó la puerta, luego apartó una pesada cortina de terciopelo y se encontró de improviso en una penumbra roja que procedía de una lámpara con pantalla carmesí situada a un lado. Cuando recorrió con la mirada la habitación, que le pareció vacía, se sintió un poco decepcionado, como si experimentase un
déjà-vu
psicológico, como si ya hubiera visto en alguna parte todo esto. Si había venido a ver a este «extra-mago» era en primer lugar por curiosidad profesional, para tener una imagen preparada cuando la necesitara. Pero una vez allí, justo delante de la puerta, se le ocurrió de repente la idea de dejar que este «mago» decidiese su destino, ya que lo había intentado todo por otros medios: los consejos de amigos, de curas…

22

Ahora estaba sentado en segunda clase de un tren expreso y reflexionaba sobre lo que le había dicho el señor Gottlieb, el «extra-mago». La frase, que él había pronunciado en un alemán aceptable, aún le resonaba en los oídos: «*Paris ist eine letzte Chance… Ja, Ja. Letzte…*». ¿Era supersticioso? Ni más ni menos que otra gente[4]. Si le hubieran dicho todo esto antes, unos dos o tres años antes, no le habría prestado ninguna atención…

23

Anotando así, precipitadamente, y sin un objetivo concreto y claro todas esas deformidades humanas, ese escaparate de monstruosidades, el señor sin patria era consciente de que la literatura, aquí, se hallaba en un segundo plano, por mucho que él intentara presentarse a sí mismo el asunto como un puro y simple interés profesional por los fenómenos humanos; será, pensó en su fuero interno, será que todo esto es más bien un tipo de conjuro, parte de esa fobia que le impide entrar en el ascensor, de ese miedo a lo desconocido que se sirve de la literatura sólo como exorcismo. Porque, al fin y cabo, cuando necesitara un personaje semejante, todo esto resurgiría de su memoria antes de que le diera tiempo a echar un vistazo a sus notas y cuadernos, y lo que hacía ahora era más bien una especie de amuleto escrito contra el mal de ojo y la mala suerte. Porque él necesitaba salud, y necesitaba vida, una vida normal y sana, ya que su obra inacabada lo esperaba, el resto estaba subordinado a este hecho, todo.

24

El señor sin patria abandonó su hotel a las cinco. Ante la puerta se detuvo un instante y miró primero al cielo, luego a su reloj de bolsillo. «La marquesa salió a las cinco en punto», dijo para sí.

25

El golpe le llegó de repente, tan inesperadamente que nuestro apátrida no pudo sentir nada más que aquel dolor lacerante en su cráneo. Las sombras que lo rodeaban se iluminaron de improviso como si un rayo hubiera caído muy cerca de él, un relámpago brilló en su mente, alumbró con una llamarada potente, terrible, toda su vida, y luego reinó la oscuridad. Sus miembros se separaron bruscamente del cuerpo, como si una fuerza invisible los hubiera arrancado del tronco. (La sensación espantosa de que una fuerza superior te desgaja las extremidades del cuerpo, nos la podemos imaginar por analogía: un día, estabas columpiándote en una silla, cuando ésta se voleó de repente y te encontraste con la cabeza en el suelo de cemento mientras tus brazos y piernas por un instante se desprendían del cuerpo, desgarrados de las articulaciones, y tú yacías unos segundos inmóvil sobre el suelo, incapaz de gritar, porque habías perdido la voz). Y este súbito resplandor de luz, cual llama de una antorcha antes de que un violento golpe de viento la apague del todo, este fogonazo antes de las tinieblas, es la última experiencia que podemos compartir con el señor sin patria. Más allá (como diría la señora Yourcenar), no se puede. Esta experiencia no está todavía a nuestro alcance. Y nunca lo estará.

26

Ustedes, señores, ¿quieren que les enseñe mi casa natal? Pero mi madre parió en el hospital de Fiume, y este hospital ya ha sido demolido. No lograrán poner una placa memorial en mi hogar, porque probablemente también está en ruinas. O deberían colgar varias placas con mí nombre en ciudades distintas y países diversos; pero tampoco aquí les puedo servir de ayuda, porque no sé cuál era mi casa natal, no me acuerdo de dónde pasé mi niñez, apenas sé que idioma hablaba. Lo que sí recuerdo son imágenes: una palmera que se balancea al viento y adelfas en alguna parte cerca de un mar, el Danubio que fluye verdusco a lo largo de los prados, una retahíla

infantil; *èn-dèn-dina, tina…*
ti-raka,

Jurij Golec

Acababa de volver a París después de las vacaciones de Semana Santa. Vivo en el distrito diez y no sufro de nostalgia. En los días soleados me despiertan los pájaros, igual que en Voždovac; por la puerta de la terraza abierta, oigo a los serbios llamarse a gritos y jurar como carreteros; por la mañana temprano, mientras calientan sus coches, surge del casete el acordeón atronador. Por un momento, no sé dónde estoy.

Recogí del buzón el correo que había llegado y empecé a escuchar los mensajes telefónicos: Anne-Marie me avisa que ha salido una nueva crítica de mi libro. (Dicho sea de paso, yo ya la he leído.) Luego, música y risotadas; no puedo identificar ninguna de las voces. B.P., desde Londres, me comunica que no tiene la intención de hablar con fantasmas y que, por lo tanto, tire este aparato a la basura. Luego, otra vez las risotadas y la música. Cierta Patricia Hamburger (sí, como las hamburguesas) me recuerda que, después de una exposición, si lo he entendido bien, había flirteado con ella y le había besado las manos. (Es posible.) Después alguien ha colgado dos o tres veces seguidas el auricular. De nuevo B.P.: si vuelve a coincidir con este trasto… Entonces, probablemente, se da cuenta de que se le acaba el tiempo: «Tengo algo importante que decirte. Pero, respecto a este maldito aparato, por favor, mándalo a la mierda. Quiero hablar, contigo, y va en serio. ¡No puedo, hablar con una máquina, qué demonios! Me gustaría saber qué imbécil te ha convencido para que compres este engendro. Además tú, ¿para qué lo necesitas? ¡No eres un viajante de comercio! ¿Qué asuntos tan importantes tienes que hacer? ¿Eh? Y supongo, que esas tías tuyas pueden tener un poco de paciencia, ¿no?… Por lo demás, mejor sería que escribieras en vez de… si es que lo tienes…». Si, lo

tengo claro, lo tengo todo muy claro, pero han pasado treinta segundos, y no me he enterado de qué asunto tan importante quería hablarme. Luba Jurgenson se disculpa: le han cortado la última frase de su crítica; así que el artículo ha quedado bastante pobre. Sigue una voz quebrada: «Soy Jurrrij Golec. Se ha muerto mi mujer. El entierro es el martes a las cuatro, en el cementerio de Montparnasse». Luego, la señora Ursula Randelis; O.V. de Piran; Quistos Arvanitidis, mi amigo de Salónica. Una tal Nadja Moust, de Bélgica; quiere asistir a mis clases de serbocroata, que son obligatorias para matricularse. De nuevo B.P., esta vez *in media res*: «Quiero decirte únicamente que nos conocemos hace más de treinta años y que nunca hemos hablado en serio. Adiós». Cuelga.

Al menos hacía diez días que Jurij Golec me había dejado el mensaje; por eso le envié inmediatamente un telegrama de condolencia. Después intenté localizarlo por teléfono varias veces, a distintas horas, pero nadie respondía. Supuse, pues, que se había ido de viaje. Más tarde supe por la señora Ursula Randelis, una vieja amiga suya, que se había mudado al piso de Noemí. (Hacía más de veinte años que vivían separados; ella al lado del parque de Luxemburgo, él, en el distrito catorce.) Luego telefoneé varias veces a ese número y me contestaba siempre su voz rota: «Éste es el número tres-veinticinco-veintiséis-ochenta, domicilio de Jurrrij Golec y de la señora Golec, conocida también como Noemí Dastrrre. Deje, por favor, su número de teléfono».

Una mañana me llamó:

—Soy Jurrrij Golec.

—Pobre Noemí. ¿Recibiste mí telegrama?

—Gracias.

—Pensaba que te habías ido de viaje —digo—. Pasó todo tan de repente.

—Déjalo ya. Te llamo por un asunto importante.

—Dime.

—David, tú eres una persona sensible, me entenderás. (Pausa.)

—Te escucho.

—Tú no eres como los franceses (de golpe, pasa al ruso). *Ty poet*[5]. No te estoy adulando. Además, lo he escrito también en el prólogo de tu libro. Eres el único que puede ayudarme. El dinero ya no supone ningún problema. No importa de qué cantidad se trate.

Noemí tenía bastante dinero, no sé si lo sabías. Se dedicaba a los documentales etnográficos, y con ellos ganó mucho. Amén de sus esculturas africanas… ¿Me escuchas?

—Por supuesto que te escucho.

—Me había desheredado por completo, pero, en el último instante, cambió su testamento. En el hospital. Consideró que finalmente había expiado todos mis pecados relacionados con ella. Ha dejado la mayor parte de sus bienes a una fundación de Israel que llevará su nombre.

—¿Qué clase de fundación?

—Un centro de estudios del folclore judío de Europa oriental. Parece que es algo que está desapareciendo. Pero lo que me dejó a mí es más que suficiente.

—Vete de viaje a alguna parte.

—Tengo que quedarme aquí. Todas las formalidades con la herencia, el inventario oficial…

—Por lo menos no te quedes en esa casa. No te conviene.

—Tienes que ayudarme.

Pensé que necesitaba dinero, hasta que se arreglara el asunto del testamento; o que me pediría ayuda con la mudanza. Tenía una biblioteca enorme, con libros en todos los idiomas posibles.

—Estoy a tu disposición.

Entonces lo soltó de repente:

—*Kupi mnje pistolet* —y luego como si temiera que no le hubiera entendido, repitió lo mismo en francés—. Consígueme una pistola. Ya no puedo seguir así.

—Voy para allá. ¿Me llamas desde tu casa?

—Sí, desde el piso de Noemí. Sabes donde está. Cuarta planta, izquierda.

Me abrió enseguida, como si hubiera estado todo el rato detrás de la puerta. Me pareció que ofrecía mejor aspecto que nunca. No tenía ojeras, estaba recién afeitado, y su cara delgada presentaba un color sonrosado; tenía el aire de una persona que acaba de salir de la sauna. Vestía un traje nuevo de tela satinada, hecho a medida, una camisa clara y una corbata de seda multicolor. Era la primera vez que lo veía vestido así. El barniz de los muebles resplandecía, las ventanas estaban abiertas de par en par, aunque fuera hacía fresco. En la mesa, brillaban los ceniceros de porcelana.

Advertí de inmediato que la colección de esculturas africanas había desaparecido; sólo quedaba la estatuilla de una mujer con senos grandes en la pared, entre las ventanas, y en el lado opuesto, dos dibujos modernos con un fino marco negro.

—Tengo un vino bastante bueno —me dice Jurij Golec, y se dirige a la cocina; le oigo descorchar la botella. Luego vuelve.

—Me tomaré un trago contigo. Aunque no suelo beber.

—Seguro que tomas tranquilizantes. Yo también lo hacía en la época de mi divorcio…

—Bah —lo niega con un ademán de la mano—, eso no sirve de nada.

—Un médico me confesó que tomaba sedantes con whisky.

—Todo eso carece de sentido —afirma—. Lo que necesito es un revólver y no píldoras.

—Permíteme decirte que yo también tengo experiencia en estas cosas. (En la época de mi ruptura con Ana, atravesé una grave crisis. Jurij Golec me consolaba entonces con palabras tan ambiguas como las máximas del Talmud: «Aparte de casarse, el hombre puede cometer sólo una estupidez más: divorciarse. Y el colmo ya es: arrepentirse de ello.») Por la noche me tapaba los oídos con cera —le digo— y los ojos con una venda negra. Tomaba somníferos y bebía. Me despertaba en mi cama, como en una tumba. Y pensaba que nunca volvería a sentarme delante de una máquina de escribir.

—Todavía escribirás muchas cosas —dice Jurij Golec—. Y en lo que a mí se refiere… Una vez me contaste que tienes amistad con unos delincuentes yugoslavos de Montparnasse. Podrías conseguirme a través de ellos una pistola. Ella modificó en el hospital su testamento. Consideraba que mi conducta en los últimos tiempos había…

En ese instante sonó el teléfono y él empezó hablar con alguien en alemán.

¿Quién me mandaría a mí —me pregunté— hablarle de mis encuentros con los «mafiosos yugoslavos» de Montparnasse? Que por cierto, no era más que una exageración. La mayoría de ellos eran compañeros del colegio y ésos con los que de vez en cuando me tomaba una copa no iban armados. Por lo menos, nunca los había visto con armas. Lo único que hacían era hablar. De alguien que acababa de salir de «Select» o de otro, del que afirmaban que lo

conocía («uno alto con bigote»), tanto que antes de ayer había estado sentado con él en la misma mesa. Pues bien, justo a ése lo acuchillaron ayer en Pigalle. Otro acribilló a balazos a dos corsos hace unos días. O ¿era a él al que se lo habían cargado?, ya no me acuerdo. Al tercero lo condenaron a ocho años: tráfico de armas, atraco a mano armada, proxenetismo.

—Un amigo —dice Jurij Golec, volviendo a la mesa—. Hace más de diez años que no sale de casa. Intentó suicidarse; el metro le cortó las piernas por encima de las rodillas. Vive en un octavo piso, y no tiene valor para repetirlo. Bebe. Toma pastillas. Y espera la muerte. ¿Queréis que me pase lo mismo?

—Te conseguiré una pistola —le replico—, dentro de un año. El ocho de mayo de mil novecientos ochenta y tres. Yo también tengo algo de experiencia en estos asuntos.

—¡Dentro de un año! —exclama él—. No puedo aguantar ni un mes. Ni una semana.

—Si es que para entonces todavía te hace falta.

—Creía que no eras como los franceses. Pero eres igual que los demás. Tampoco me entiendes. ¿Y por qué tendrías que hacerlo?

—Porque sobreviviste a los campos de concentración. (Tenía el número tatuado en el antebrazo.) Por eso. Alguien que superó los campos…

—Deja los campos en paz —dice Jurij Golec—. Aquello en comparación con esto era como coser y cantar. También Raúl, el desgraciado sin piernas, era un superviviente de los campos.

Ya habíamos empezado la segunda botella de Sauvignon. Entonces le dije que la bebida empezaba a afectarme y que tenía hambre; no había tomado más que un café solo para desayunar. Le propuse salir juntos y tomar un tentempié. Seguramente, él tampoco había comido.

—Yo te invito —dijo—. Almorzaremos por aquí cerca. Tengo que volver a las cinco como muy tarde. Espero una visita. En cualquier momento pueden presentarse también los auditores. Ah, ¡qué ganas tengo de que se acaben estas formalidades!

Salimos del pasaje y llegamos al bulevar. Es un día frío, a pesar de que el sol surge de vez en cuando entre las nubes. Se siente la lenta victoria de la primavera; ya están instaladas las terrazas en las aceras; las mujeres sentadas, vuelven sus caras al sol, los ojos

cerrados; se han subido las faldas hasta la mitad de los muslos. Un negro en pantalón corto y con patines pasó zumbando a nuestro lado para luego cruzar la calle a toda velocidad. Lo vi alejarse por el parque de Luxemburgo; el sol dejaba en las doradas lanzas de la verja rastros sangrientos como en un cuadro académico del Louvre.

No hace mucho que han reformado el restaurante, todavía huele a nuevo. En los reservados, cuelgan lámparas con pantallas rojas y flecos dorados.

Las mesas con superficies de plástico están cubiertas con manteles de papel. En los jarrones, flores artificiales, y al lado, en un soporte metálico, la santísima trinidad de la cocina francesa: sal, pimienta y mostaza.

En uno de los reservados almuerzan los dueños del restaurante, una mujer gorda y rubia con las uñas pintadas y un hombre corpulento de mejillas sonrosadas, con un bigote fino. Cortan con un cuchillo grande un solomillo poco hecho. Ante ellos, en la mesa, una botella de vino tinto sin etiqueta; la botella deja semicírculos rojos en el mantel de papel.

Nos dan la mano.

—*Ça va*?

—*Ça va* —dice Jurij Golec.

—¿Cómo está la señora? —pregunta la dueña.

—Ha fallecido —dice Jurij Golec.

El propietario del restaurante toma un trago de vino.

—Pero si no hace ni una semana que la vimos por aquí —dice.

—*Mon Dieu, mon Dieu*. ¿Un accidente de tráfico?

—Leucemia —dice Jurij Golec—. Nos gustaría comer algo.

—Siéntense allí —contesta el dueño, señalando con el cuchillo una mesa—. O allí. ¡Gaston! Traiga el menú a los señores. Ya ven, así es la vida. Y, sin embargo, me parece como si la señora hubiera estado sentada ayer mismo ahí. Sí, justo ahí, donde están ustedes ahora. Me temo que del menú de hoy no queda nada. Son las tres. Les recomiendo un rosbif. ¡Gaston!

—Para mí, pollo —dice Jurij Golec—. Con patatas fritas. Y una ensalada de lechuga. Murió hace más de un mes.

—Y su amigo ¿qué tomará?

—Una tortilla francesa —contesto— y una jarra de vino tinto.

—Para mi no —dice Jurij Golec—. No bebo.

—Pero la señora se cuidaba mucho —dice la dueña—, sólo tomaba alimentos naturales. Huevos, pescado y fruta. Y mucha zanahoria. Gaston, traiga al caballero un tenedor.

—Los últimos años —dice Jurij Golec inclinándose hacia mí—, sólo comía hierbas. Como una vaca.

Volvimos al piso de Noemí. Jurij Golec compró de paso tres cartones de Rothmanns —reservas suficientes por lo menos para diez días. Pagó también mi tabaco.

—Yo también, durante años, fumaba Gaulois o Gitane —dice él—. Hasta que me dieron la nacionalidad francesa. Fumaba esa mierda para tener el mismo sabor en la boca.

En cuanto llegamos, empezó.

—Así que tú quieres que me tire al metro como el desgraciado de Raúl. No me interrumpas, por favor. Eso es lo que queréis, ¿no? Pero, yo, ya lo ves, no soy capaz de cortarme las venas. Me horroriza la sangre, igual que al héroe de tu novela. Sobre todo ahora. Durante un mes he ido todos los días a visitarla al hospital. Aguardaba el alba junto a su cama. Sin tabaco ni alcohol. No quiero hablarte de ello. De la sangre, los vómitos, las heces, el pus. Estuvimos treinta y tres años casados. Nos conocimos en Polonia, al salir los dos de un campo de concentración. Ella de uno ruso, yo de un campo alemán. En los últimos veinte años no vivimos bajo el mismo techo. Yo, durante este tiempo, me he acostado con muchas mujeres; supongo que ella también tenía amantes. ¿Cuántos? No lo sé. No obstante, existía entre nosotros algo que nos unía. Algo fundamental; algo que une a un hombre y a una mujer para siempre.

El teléfono sonó y de nuevo habló con alguien en alemán, en voz baja. O puede que fuera yiddish. Después se sentó otra vez enfrente de mí:

—Un mes antes de que ella cayera enferma, paseábamos por el bulevar Saint Michel. Era un día despejado, igual que el de hoy. En un momento se paró y me cogió la mano: «me gustaría vivir cien años», dijo. «Contigo». Luego nos besamos. En la boca.

Jurij Golec tomó un trago de vino.

—Un balance excelente para una vieja pareja judía —constató— después de treinta y tres años de vida en común.

—Deberías irte a alguna parte cuanto antes —le dije—. ¿Y por

fin, qué pasa con ese testamento?

—Existe la posibilidad de que no me haya dejado nada. Tampoco me preocupa. Lo único que quiero es que se acaben los trámites. Además, todo eso ya carece de importancia. Yo ya he terminado con lo mío. Ayudé a algunas personas. Me acosté con una decena de mujeres. Quizás incluso con un centenar. Asimismo, escribí algo, más bien poco; como rozando el agua con el dedo. Ya no me quedan fuerzas, ni curiosidad.

—Sé cómo te sientes. Yo también me he asomado, no hace tanto, a ese abismo. En una situación así, la gente no te puede dar ningún consejo, y a Dios, si me lo permites, no le interesa demasiado. Entonces empecé a buscar libros que me dieran fuerzas para seguir viviendo. Y llegué a la trágica conclusión de que todos los que había engullido durante décadas no podían ayudarme en aquel instante decisivo. Me salté los libros sagrados y sabios de la Antigüedad; no estaba preparado para ellos porque me faltaba la condición inicial: creer en Dios. Tú si la tienes. He leído a los escritores y libros más diversos, gnósticos y los comentarios de sus enseñanzas, *Sobrevivir* de Bruno Bettelheim, *El entrenamiento autógeno* de Lindemann, *El destino del placer* de un tai Aulanier, *Las afinidades electivas* de Goethe, *El día y la noche* de Braunswig, *Los estados psicóticos* de Rozenfeld, las novelas de Philip Roth, e incluso *La vida de las marionetas* de Bergman, porque me parecía que yo mismo era una marioneta cuyos hilos movía el destino. El único provecho que saqué de esta lectura es que los libros no ofrecen respuestas para las preguntas candentes. Que estamos guiados por los genes, por el diablo o Dios, que nuestra voluntad en los momentos fatídicos, no desempeña ningún papel, y que son nuestras pasiones las que nos mueven. Como cuando un nadador nada con todas sus fuerzas, pero la orilla del río no se aleja, y por si fuera poco la corriente —que está intentando remontar— lo arrastra en dirección contraria. Por suerte, las pasiones, como las desgracias, tienen un ciclo, igual que las plantas y los animales.

Me daba cuenta de que mis palabras sonaban vacías y poco naturales, no es fácil dar una respuesta a un hombre que te pregunta: ¿por qué seguir viviendo? Mis intenciones eran honestas. Refiriéndome a la experiencia propia, quería llamar su atención sobre el beneficioso efecto del tiempo, mostrarle el futuro, su

futuro: sentado en alguna parte a orillas del Mediterráneo, calienta sus huesos al sol primaveral, se toma un capuchino y le da unas palmadas en el trasero a la joven camarera.

—Al fin y al cabo, tienes que vivir porque ésta es la única vida que tenemos.

Él hizo un gesto con la mano.

—No olvides que yo sí creo en Dios —dijo— y Él me perdonará.

Esta penosa conversación fue interrumpida por el timbre de la puerta. Jurij Golec me presentó a las visitantes por sus nombres, luego añadió:

—Mis protegidas.

De mí, les dijo que éramos antiguos amigos y que era escritor.

—Él escribió el prólogo de mi último libro —comenté para camuflar mi perplejidad.

Se trataba de dos mujeres jóvenes, guapas, con cabellos exuberantes, pómulos prominentes y ojos un poco rasgados como los tártaros.

—¡Oh, Jura! ¿Por qué no nos lo dijiste? —exclamó Nataša.

—Ves —continuó Dola (se llamaba así por Dolores Ibarruri)— tú tienes que vivir, aunque sólo sea por los otros. Qué cosas espantosas son esas de las que hablas. Ni pistola, ni nada, *Bogs toboï*[6]. —Entonces se dirigió a mi:

—Si Jurij escribió el prólogo de su libro, tiene que ser algo bueno.

Prometí que les enviaría unos ejemplares de mis libros; el de la introducción de Jurij Golec y, por supuesto, el que trata de los campos de concentración. (Eran hijas de un general soviético que pasó por el calvario de las purgas.)

—Salud —dice Nataša, que ha llenado los vasos de todos.

—A vuestra salud —responde Jurij Golec, abstraído.

—Hay tantas cosas bonitas en la vida —dice Dola—. La amistad, por ejemplo. Y tú, ya lo ves, eres imprescindible para todos nosotros. Si no hubiera sido por ti, ¿dónde nos habríamos refugiado nosotras dos al llegar a París? No se puede imaginar lo que hizo Jura por nosotras. Su piso es una embajada para todos los refugiados del Este. Para rusos, polacos, ucranios, estonios. Para todos. ¿Cuánto hace que conoce a Jura?

—Por lo menos diez años —digo.

—Nos conocimos hace mucho tiempo, en una recepción —dice Jurij Golec—, cuando salió su primer libro en francés.

[*Nota*. Esta recepción fue organizada por la señora Ursula Randelis, mecenas de los escritores suramericanos. Los autores de otros países aprovechaban para colarse con ellos, por la puerta pequeña. El cóctel se celebró con ocasión de la publicación de los libros de un portugués, de un español y del mío; aparecieron en una edición que principalmente publicaba a latinoamericanos. No conocía a ninguno de los presentes, y no me atrevía a comer ya que no sabía cómo se abrían los cangrejos y demás crustáceos; así que me quedé toda la noche sentado en un canapé, bebiendo. Alrededor de las tres de la madrugada, una mujer joven me propuso llevarme en coche a casa, y yo vomité en su baño, tumbado en el suelo, medio muerto. Por suerte, uno olvida lo que está destinado al olvido. Con el correr de los años, esta desdichada recepción se borró de mi recuerdo y un velo eterno habría caído sobre todo el episodio, si no fuera porque dos o tres meses antes Jurij Golec me lo recordó. Me preguntó si Marie La Coste había escrito algo sobre mi nuevo libro. Le contesté que no sabía de quién me hablaba. «La caballerosidad es una bonita virtud», dijo él. «Pero tú, querido amigo, te acostaste con ella. No es ningún secreto, lo sabemos todos. En aquella fiesta de Ursula Randelis, le besaste la mano delante de su marido. Y luego, con las primeras luces, os largasteis juntos a alguna parte…». «Pensé que se trataba de la criada de la señora Randelis», repliqué. «Lo cierto es que me parecía extraño que tuviera un cuarto de baño tan grande. Con baldosines rosas y bidé.»]

Para cambiar de tema, dije:

—Pienso que deberían convencerlo de que se vaya a vivir a otra casa.

—Ves, Jura, todo el mundo dice lo mismo, que no es bueno que vivas en su piso —dice Nataša—. Se lo hemos repetido cientos de veces.

—En cuanto finalicen las formalidades, —dice Jurij Golec.

—Mientras tanto, a trabajar —dice Dolores-Dola, y las dos mujeres se levantaron al mismo tiempo—. Las esculturas están guardadas, eso está bien. Deja los ceniceros, Jura, yo los vaciaré. ¿Qué hacemos con eso?

Estábamos en otra habitación, en la biblioteca de Noemí. Los libros tapizaban toda la pared, desde el suelo hasta el techo.

—Son libros valiosos —dice Jurij Golec, sacando de la estantería un tomo de la *Jüdische Enzyklopädie*.

Ellas echaron un vistazo a los estantes, luego cada una cogió un libro, al azar.

—Éstos son libros nuevos —dice Dola—. Los que te interesen, nos los llevamos mañana con el coche a tu casa. Los otros, a una librería de segunda mano.

Jurij Golec estaba de pie en medio de la habitación con el tomo de la *Jüdische Enzyklopädie*, sin saber qué hacer con él.

—Algunos están dedicados —dice.

—¡Ni que tuvieran la firma de Víctor Guiugo! —dice Nataša. Estaba arrodillada en el suelo y palpaba con los dedos la alfombra desgastada del cuarto de Noemí, igual que se examina una tela—. Ésa es persa —e indica la alfombra delante del tocador, sobre el que todavía, como en una poesía de Baudelaire, están colocados los frasquitos de perfume.

—Mañana recogeremos todo esto con el coche —dice—. Vladimir Edmundovič, *monsieur* Brauman y nosotras dos. ¿Ves, Jura?, todo se arreglará.

—¿Y aquí qué hay? —pregunta Dola, señalando los armarios empotrados de la entrada.

—Sus trapos —dice Jurij Golec, abriendo las puertas de los armarios, después de dejar la enciclopedia encima de un radiador —. Últimamente se compraba abrigos de piel. Se quejaba del frío. Se los ponía en casa. Afirmaba que sólo ahora sentía las consecuencias del frío que se le había metido entre los huesos cuarenta años antes en Siberia. *Pustjaki*[7] —añade, manoteando—. Estaba examinando la posibilidad de trasladarse a África para siempre.

—Aquí hay unas pieles muy buenas —dice Dola—. También habría que venderlas. Esta cuesta por lo menos veinte mil francos.

—Ciento veinte —corrige Jurij Golec—, sólo se lo puso una vez. El año pasado. Para el *Yom Kippur*.

—¿Para qué? —pregunta Nataša.

—Para una fiesta —contesta Jurij Golec.

—Aquí hay por lo menos treinta pares de zapatos —dice Dola.

—En Rusia —cuenta Nataša (que ha emigrado hace poco y todavía utiliza la propaganda anticomunista)— se podría vender esto a cambio de divisas, en la *Beriozka*[8].

—*Bog s tobój*[9] —dice Dolores-Dola—, ¡ni «*Beriozka*», ni nada! Hay que donarlo a la Cruz Roja.

—Quizás algo de ello llegue, vía Cruz Roja, a Afganistán —dice Jurij Golec, mirando al reloj.

Entonces sonó el timbre de la puerta.

—El doctor Wildgans —dice él como si hablara para sí mismo.

El doctor Wildgans anda alrededor de los treinta años, es alto, con abundante cabello rizado veteado de mechones grises. Tiene algo salvaje, de beduino, no sólo por su extraño color de ojos, verde amarillento y el enorme chal con el que se cubre los hombros. Hace dos semanas que ha vuelto de Afganistán. Con dos médicos más, cruzó la frontera y, disfrazado de combatiente, se aventuró por las montañas inaccesibles. Desde un escondite, había observado las emboscadas y con unos prismáticos vio cómo la tripulación abandonaba un carro de combate; había practicado unas cuantas amputaciones, en una tienda de campaña, en condiciones precarias, a unos cien kilómetros de Kabul.

—Has socorrido a tanta gente —dice de repente Jurij Golec— y, sin embargo, a mí no quieres ayudarme.

—Tómate dos antes de dormir —especifica el doctor Wildgans, dejando el frasco de píldoras sobre la mesa—. Éstas son más eficaces.

Después de que las dos mujeres se fueran, parecía como si una niebla pesada planeara de nuevo sobre la habitación. Se oía el rumor amortiguado de la ciudad; a través de las paredes se filtraba la música de alguna parte del vecindario: alguien practicaba con insistencia la escala cromática al saxofón; el sonido se fundía por momentos con las sirenas de la ambulancias.

—Puedes hablar delante de él con toda libertad —dice Jurij Golec, dirigiéndose al doctor Wildgans.

—No me exijas eso. Yo soy médico.

—Precisamente —dice Jurij Golec—. Tú eres médico, y yo necesito una medicina eficaz. Cianuro. O una pistola.

—Estas pastillas te ayudarán.

—De acuerdo —dice Jurij Golec—. Lo que vosotros queréis es

que me tire desde el cuarto piso. Que me quede inválido. Como el pobre Raúl. Tú lo conoces. O que me corte el cuello. «Mis amigos y compañeros se estacionan lejos de mis llagas, mis allegados se mantienen lejos…».

Luego se levantó súbitamente y se llevó el cenicero para vaciarlo. No cerró la puerta del baño, como si temiera que conspiráramos contra él. Le oí orinar y tirar de la cadena.

—No me siento capaz de cortarme las venas, ni de ahorcarme —dice, volviendo con el cenicero que de nuevo brillaba—. No me puedo imaginar mi propia cara hinchada y morada, con la lengua fuera. He visto demasiadas escenas de éstas en la vida. Y os puedo asegurar que una persona ahorcada no tiene nada de agradable. Tampoco me excita el hecho de que podría eyacular una vez más, la última. Si es que es cierto que un ahorcado eyacula. ¿Esto se puede tomar con alcohol?

Sostenía el frasco con píldoras en la mano.

—No te lo recomiendo —contestó el doctor Wildgans.

Al día siguiente, volví a llamarlo.

«Ha llamado al número tres-veinticinco-veintiséis-ochenta, domicilio de la señora Golec, conocida como Noemí Dastre. Le rogamos que deje su mensaje y su número de teléfono. Adiós y gracias».

Era la voz de Noemí. Si llegaba del cielo o del infierno, no importaba.

El viernes me marché a Lille, a mis clases. Tenía una decena de estudiantes; les enseñaba «uno de los idiomas de la gran familia de las lenguas eslavas, que junto con el ruso y el polaco…». Traté de aprovechar la sonada entrada de la señora Yourcenar en la Academia para llamar la atención de mis alumnos sobre la poesía popular serbia, que ella apreciaba, como prueban los *Cuentos orientales*. No habían leído a Marguerite Yourcenar. Entonces lo intenté con poemas de amor. Los sonetos. No sabían qué era un soneto. En alejandrinos, como los de Racine. No tenían ni idea de qué era un alejandrino. (Sin duda algún truco burgués.) Pasé entonces a la palatalización y yotización. Eso sí que despertó su interés, o al menos ésa es la impresión que me dieron. Apuntaron todo en el cuaderno. Así que no me quedó más remedio que estudiar en el tren la palatalización y la yotización.

El sábado llamé a la señora Ursula Randelis.

—La voz de Noemí está en el *répondeur* —dije—. Tuve la sensación de hablar con el más allá.

—A mí también me dejó sin habla con ese *répondeur* —me contesta.

—Me pidió que le consiguiera una pistola.

—A mí también, no temas. No eres el único. Siempre tuvo un sentido especial para lo dramático. Lo conozco demasiado bien. Hace más de treinta años. ¡Dios mío, cómo pasa el tiempo! La muerte de Noemí le ha afectado, lo entiendo. Ocurrió tan de repente. Ni los médicos estaban seguros del todo. Tenía fiebre continuamente. Y ya ves. En menos de un mes. No sé de cuánto estás enterado, pero hacía ya más de veinte años que ellos no vivían juntos. Qué en paz descanse; tenía mal carácter. No le entendía, así de simple. ¿Acaso esperaba que se acostara toda la vida con la misma mujer? ¡Si no es un rabino! A mí tampoco me aguantaba. Ya no es ningún secreto: yo era su amante. En la época en que salí del convento. Han pasado más de veinte años. Veinticinco. Desde aquellos tiempos somos únicamente amigos. Los mejores amigos. No entiendo por qué demonios tiene su voz en el *répondeur*. Perdona, llaman a la puerta.

Después de una breve pausa:

—Mi hijo. Se ha matriculado en español. La cabra siempre tira al monte. No quiero controlarlo. Sólo espero que no tome drogas, le digo. Jurij Golec es como un niño. Ni siquiera es capaz de pagar la factura del teléfono. Dios sabe cuántas veces le han cortado la línea. Y luego es Ursula, quien va corriendo a arreglar las cosas. También la luz, el alquiler. Todo. ¿Crees que Noemí movió un dedo en todo este tiempo? Nunca. Lo que él necesita es una madre. O hermana. «¿Cómo estás Jurij?», le pregunto. «Todo bien», dice él. «Magnífico». «No obstante, creo que algo no marcha», le digo. «La inadaptación del ser humano a la existencia», contesta él. «No es más que eso». Ahora, la herencia le ha caído como una losa. Para él es una molestia. ¿Y en qué trámite anda? ¿Qué ha pasado con el asunto? No tengo ni idea. Parece que todavía no han abierto oficialmente el testamento. Por eso no se mueve de la casa. Le dije que dejase la llave a esa japonesa pequeña. Puerta con puerta de ellos, vive una japonesa. Estudiante. Me pregunto, si se acostó con

ella. Noemí, naturalmente, tampoco la aguantaba. En cualquier caso, tiene que largarse cuanto antes de ahí. Y dejar de dramatizar. Ni pistola ni nada. Que quede entre nosotros, existe la posibilidad de que no le haya dejado nada. Ni un céntimo. Ella es capaz de hacerle una cosa así. ¡Ah!, ¿te lo dijo? De acuerdo, el dinero era de ella, lo ganó, y que haga con él lo que quiera. El folclore judío o las esculturas africanas, a mí me da igual. Pero que la historia se arregle de una vez por todas. Sea como sea, ahora hay que dejarlo en paz… Has hecho bien en decírselo. Y dentro de un año, ya no habrá problemas. Como si yo no tuviera crisis. Muéstrame una persona normal que no haya tenido crisis. ¿Cuando me abandonó Ángel Asturias, crees que no sufrí una? Sí, y muy grave, no te imaginas cuánto. Y por supuesto bebía, tomaba pastillas, de todo. Perdona, llaman otra vez a la puerta. Mi casa es un manicomio. ¡Yaaa vooy! Llámame uno de estos días. Estoy hasta arriba de trabajo. Traduzco a Cortázar. No sé qué pasará con esto. Cuando quieras. ¡Un momento! ¡Voy! Sí, también por la noche tarde. Hasta la una. Hasta las dos. Incluso más tarde. ¡Ya voy, *mierda*[10]!

El domingo estaba invitado en la casa de la señora d'Orsetti.
Después de divorciarse de un galerista parisino, vivía sola y organizaba cenas íntimas en su gran apartamento, cerca del parque Monceau. Era coleccionista; se dedicaba a la astrología y a la moda, que, según Baudelaire, es una forma de arte. Se tragaba montones de novelas góticas, barbitúricos y vino blanco. Había sido buena amiga de Queneau y Perec, y conocido a Chirico, a René Char y a Dado. En su casa se bebía tequila, whisky, vodka y vino blanco, procedente de sus tierras. Hablaba de sí misma en tercera persona:
«d'Orsetti
corría esta mañana a las seis por el parque Monceau;
d'Orsetti
tiene treinta y ocho de fiebre;
d'Orsetti
invitará esta noche a Armani».

Me quedé sorprendido al ver que me habían reservado el lugar de honor en la mesa, teniendo en cuenta que esa noche también estaba invitada la viuda del Príncipe S., crítico de arte y traductora, así como Armani, el famoso diseñador de alta costura.

Considerando que se debía a la ausencia de conveniencias sociales («d'Orsetti detesta los convencionalismos»), me senté en el lugar que me indicaron, para evitar parecer yo mismo demasiado formalista.

La conversación giraba alrededor de gente y temas que no conocía o que no me interesaban: la moda, el feminismo, la homosexualidad el conceptualismo, los cómics. Pero el tema principal de la noche fue una ópera que yo no había visto, y el papel de la joven cantante que hacía su debut. La señora d'Orsetti consideraba que su apariencia era plebeya, su voz, vulgar, sus entrevistas, estúpidas; Armani, que consiguió poner a la mayoría simple de su lado, afirmaba por el contrario, que había nacido una nueva estrella, que pronto brillaría en el firmamento de la ópera europea; una nueva María Callas.

Incluso los que tenían una opinión completamente negativa de la señora d'Orsetti, alegando que era lesbiana y alcohólica, se rendían, sin embargo, ante su maestría culinaria y fantasía gastronómica. Esa noche, de entremeses nos sirvió caviar, atún con mantequilla negra y zanahorias con nata fresca, y de plato principal, «carpa a la arena» y cordero con ruibarbo y nueces; luego, queso y helado de pistacho y piña, con salsa de cassis por encima. Para acompañarlo se servía un vino blanco «d'Orsetti» de 1967, con la divisa *In vino veritas* en una etiqueta amarilla, así como un burdeos, para los que no querían comprometerse con el gusto de la anfitriona.

Después de la cena, la señora d'Orsetti se sentó en el suelo y, cubierta con un chal de color púrpura, se balanceaba casi imperceptiblemente al ritmo de la música del gramófono (Rameau, Brahms, Vivaldi). En un momento, dejó su copa encima de la alfombra y me indicó con la cabeza que la siguiera. Al llegar a su dormitorio me hizo sentar en el borde de su cama con un dosel morado, me puso un vaso en la mano y lo llenó hasta arriba. Mientras me servía vodka, dijo:

—Tu amigo Jurij Golec se ha suicidado. Quería que cenases tranquilamente. Ahora te dejo solo. Cuando sientas la necesidad de hablar con alguien,
d'Orsetti
estará a tu disposición.

El día del entierro se fijó para el martes, a las cuatro, sin embargo, la ceremonia empezó casi una hora más tarde. Parece que la gente de aquí está acostumbrada a estos retrasos, porque cuando llegué, justo a la hora indicada, no había todavía nadie en el cementerio. Me imaginé que los amigos de Jurij se habían reunido al lado de la sepultura o delante de la capilla: entonces apareció Luba Jurgenson, una conocida mía, y nos fuimos a esperar en la puerta del cementerio. Alrededor de las cinco comenzó a llegar gente, y los dos nos preguntábamos si todos venían al entierro de Jurij Golec, cosa que probablemente también se preguntaban ellos, al vernos temblar a merced del frío viento. Luba Jurgenson, escritora, emigrante y una de las protegidas de Jurij Golec, por fin divisó a unos amigos comunes; se acercó a una mujer vestida de negro y la abrazó. «La hermana de Jurij Golec», me dijo. «Acaba de llegar de América». Dolores-Dola y Nataša se presentaron en compañía de un joven con sombrero vaquero y pantalones con ribetes que, según me comentó Luba Jurgenson, también era emigrante ruso, pintor. A la postre, éramos unos treinta: Emile Cioran, Adolf Rudnicky, Ana Novak, escritora y antigua deportada, los representantes de la editorial Gallimard, el secretario de cultura de la embajada de Israel, un delegado de la comunidad judía, amigos y admiradores de Jurij Golec.

La señora Ursula Randelis mantuvo su palabra y, en contra de mis previsiones, no apareció en el funeral. Por la mañana me había dicho:

—No me gustan los muertos; adoro a los vivos. La última vez que asistí a un entierro fue al de mi madre, de aquello han pasado más de veinte años. Luego hice una excepción, por Jurij, y fui, creo que hace menos de un mes, al funeral de Noemí. Ya tengo suficiente para el resto de mi vida. Oh, oh. ¿Quién me dirá a partir de ahora: «Vieja yegua inútil»? ¿Quién me dirá: «Vieja yegua *goim*[11] otra vez me han cortado la línea de teléfono»? ¿Quién me dirá: «Ven vieja yegua árabe, vamos a remojar el gaznate»? La próxima vez que

vaya al cementerio… Bueno, venid después del entierro a mi casa, todos. No sé como son las costumbres judías, y tampoco es asunto mío. Prepararé algo de comer. Y tomaremos un vaso de vodka por su alma. Pero no volveré a ir a un entierro. Excepto, algún día, al mío propio.

El rabino era un hombre de unos cincuenta años, esbelto, afeitado, vestido con un caftán negro, y no tenía nada de los barbudos profetas bíblicos; como mucho, se parecía a uno de esos jueces franceses con toga que pueden verse en los cafés de los alrededores del Palacio de Justicia. Con los brazos extendidos, las palmas de las manos vueltas hacia arriba, movía los dedos para llamamos:

—Acérquense más, rodéenlo, como lo rodeaban en vida. Más cerca, señores, más.

El ataúd se hallaba sobre un estrado en una de las avenidas del cementerio, bajo un plátano enorme. En la parte más ancha de la tapa del féretro había una ventanilla cuadrada, como en un arca de Noé privada que llevara el cuerpo del viajero a la tierra firme de la eternidad. Tenía incrustadas letras metálicas brillantes: «Jurij Golec, 1923-1982», como un dato perfectamente resumido para la *Jüdische Enzyklopädie*.

En el instante en que empezó a hablar el rabino advertí la presencia del doctor Wildgans; su corpulenta figura apareció detrás de una lápida. Supongo que por eso pensé que no había venido por el camino sino de alguna parte del cementerio.

Desde que la señora
d'Orsetti
me comunicó que Jurij Golec se había suicidado, mis sospechas habían recaído en el doctor Wildgans. Que llegara tan tarde y casi a hurtadillas, no hizo más que confirmar mi recelo. Intenté adentrarme en sus pensamientos: ¿acaso se sentía arrepentido? ¿O le embargaba, quizás, el orgullo de un hombre que había cumplido con su deber hacia el prójimo? Pensé que, al fin y al cabo, él como amigo y médico podría con mayor facilidad apreciar si su decisión era correcta; pasar una ampolla de cianuro o conseguir una pistola a una persona que reclama la muerte como salvación, sería moralmente justificable. Mis sospechas se vieron reforzadas por el hecho de que el doctor Wildgans había sido la última persona vista

en compañía de Jurij Golec; aquella tarde lo dejé a solas con él. Tal vez Jurij Golec consiguió por fin convencerlo con la fuerza de sus argumentos.

Parece ser que, a causa del ruido de la calle y de la indiferencia de la gente en las grandes urbes, nadie había escuchado el disparo. La vecina japonesa no estaba en casa. Así que no se supo la hora exacta en que se quitó la vida. La policía realizó el reconocimiento, y no estaba demasiado predispuesta a informar a los curiosos de los detalles.

¿Debería haberlo ayudado?, me pregunté. Yo realmente podría haber comprado el arma sin mayor riesgo a través de mis amigotes yugoslavos. Me empezó a remorder la conciencia. Lo imaginaba yaciendo sobre la acera ensangrentado y con el cráneo destrozado; imaginaba cómo la sangre fluía de sus venas, o cómo colgaba ahorcado en el armario empotrado entre las pieles de Noemí, amoratado, con la lengua fuera y los ojos desorbitados. Me sentía como alguien que no ha prestado auxilio a una persona cuya vida corre peligro; como un cobarde que había dejado a su amigo en la estacada.

Este sentimiento se mezclaba con una sensación de culpa de otro tipo: puesto que todos sabían que yo era uno de los últimos que lo habían visto vivo, tenía la impresión de que sospechaban de mí. La señora Ursula Randelis me repitió dos o tres veces por teléfono una fórmula amenazadora: «Ojalá cayese en mis manos el cerdo que le dio la pistola», y me parecía que esta advertencia iba dirigida a mí.

El doctor Wildgans me libró de esa pesadilla: Como si hubiera presentido mi temor, se me acercó, me dio un largo apretón de manos, y me contó cómo había terminado Jurij Golec: había comprado una escopeta y cartuchos de caza mayor; se había apoyado el cañón contra el corazón. En la mesa quedó la factura de la armería, para eliminar cualquier malentendido y para demostrarnos a todos que éramos unos torpes y que él mismo no era tan inútil en las cosas prácticas como habíamos pensado. Al dorso de la factura escribió con letra nerviosa su testamento kafkiano: «Quemad mis papeles».

En el texto leído por el rabino reconocí una breve nota, que se había publicado hacía veinte años en la contraportada de la única novela de Jurij Golec. «Jurij Golec nació en Ucrania al terminar la

guerra civil. Antiguo deportado a Auschwitz, vivió desde el año cuarenta y seis en París. Después de realizar estudios de lenguas orientales en Polonia, Alemania y en la Sorbona, trabajó como corresponsal para distintos periódicos extranjeros. Escribió su única novela —era como suele decirse escritor de un solo libro— directamente en francés». Luego enumeró sus libros de poesía y los ensayos publicados en revistas, y destacó el importante papel que había desempeñado Jurij Golec en la asignación del premio Nobel a Elias Canetti. «Ayudaba al prójimo, dirigía sus oraciones hacia Jerusalén; creía en Dios a su manera».

Al comenzar el rabino a leer los salmos de David, alternando el hebreo con el francés, cinco o seis hombres se pusieron la kipa que sacaron del bolsillo; el doctor Wildgans se cubrió la cabeza con un pañuelo doblado en cuatro.

El rabino leía con la Biblia posada en el ataúd como si fuese un púlpito, mientras apoyaba los puños contra la tapa:

—Ya me rodeaban las olas de la muerte y me aterrorizaban los torrentes de Belial. Me aprisionaban las ataduras de *Seol*, me habían rodeado las redes de la muerte[12].

Luego continuó en hebreo:

—Adonái, Adonái.

—No me reprendas, Yahvé, en tu furor, ni me corrijas en tu ira. Pues tus saetas han penetrado en mí y pesa sobre mí tu mano… Estoy desfallecido y sobremanera acabado y doy rugidos por la conmoción de mi corazón. Señor, ante ti están todos mis deseos y no te ocultan mis gemidos… Mis amigos y compañeros se estacionan lejos de mis llagas, mis allegados se mantienen lejos… ¡No me abandones, oh Yahvé; Dios mío, no estés alejado de mi! ¡Corre en mi auxilio, Señor mío, mi salvación[13]!

Era un eco lejano de la voz de David, que nos llegaba desde las sombras de la historia y del tiempo; lo que un poeta inspirado e infeliz escribió hacía tres mil años aún nos llega hasta lo más hondo del corazón como un cuchillo o un bálsamo.

—A ti clamo, ¡oh Yahvé! Digo; «Tú eres mi refugio, mi porción en la tierra de los vivientes». Atiende mi clamor, porque estoy abatido sobremanera. Líbrame de los que me persiguen pues prevalecen sobre mí. Saca mi alma de la cárcel para que pueda alabar tu nombre. Me rodearán los justos en corona, cuanto te

hayas mostrado propicio a mí.

Cerca de la fosa excavada, al borde de la lápida de mármol, divisé una rata muerta; yacía boca arriba como si se hubiera detenido por un instante; su cola, rígida y recta, caía al suelo como un estandarte abatido. ¿Qué la había traído aquí? ¿De qué murió?, me pregunté. ¿Tendría la providencia divina algo que ver en ello? Jurij Golec que conocía el Talmud y las Upanishad, habría encontrado, sin duda alguna, una explicación para este fenómeno, y no lo consideraría una provocación. Entonces me acordé: «Unas ratas —como carros de combate pesados— regresaban a sus garajes». Eso era, pensé, aquella rata de la comparación; una de estas que había venido directamente de su novela al cementerio de Montparnasse. Porque no existía nada más que la gran ilusión de la creación; ahí no se pierde energía alguna; cada palabra escrita es como el Génesis.

Estaba de pie al lado de la lápida y observaba. Apretadas contra la piedra, como crispadas, las hormigas dirigían sus antenas delicadas hacia ese enorme corpachón hinchado, sin atreverse aún a atacarlo. Y esa rata muerta, la rata viva de la novela, reposaba allí inmóvil, sin presentar todavía señales visibles de descomposición, como si se tratase de un carro de combate al que una mina ha roto las cadenas y ha sido abandonado por la tripulación.

«Húndome en profundo cieno, donde no puedo hacer pie; me sumerjo en aguas profundas, y me arrastra la corriente… Llegue mi oración a tu presencia, inclina tu oído a mi clamor. Pues harta de males está mi alma, y mi vida al borde del sepulcro… Hasme puesto en lo profundo de la hoya, entre las tinieblas, las sombras abismales[14]».

Los sepultureros bajaron con ayuda de las cuerdas el ataúd a la fosa excavada cerca de la avenida. Las letras en la tumba de Noemí estaban ya oxidadas; la lápida de mármol parecía un bloque de hielo que hubiera sobrevivido al invierno pasado; en el alambre desnudo de las coronas apenas se apreciaban cintas de papel crepé desteñidas por la lluvia.

Desfilando junto a la sepultura, tiramos un puñado de tierra sobre el féretro, como antaño, en el desierto, arrojaban piedras sobre los muertos, para que las fieras no esparcieran sus huesos. Uno de los enterradores sostenía entre sus brazos, en una caja de

madera, la tierra traída de Jerusalén; era una tierra porosa de color claro, mezclada con arena del desierto. Las coronas estaban apoyadas en la tumba de Noemí. En una rezaba: «A Jurij Golec. Que Dios te perdone». Lo entendí, aunque faltaba el nombre de la persona que la encargó: «Adoro a los vivos; no me gustan los muertos». Sabía quién había podido dejar este mensaje severo, que era una señal de amor.

Me quedé esperando hasta que los sepultureros instalaron la losa de mármol, una igual a la que estaba en la tumba de Noemí. Luego les ayudé a colocar las coronas, de forma ordenada. Después de tantos años, por fin reposaban como los amantes de tiempos remotos, bajo el mismo techo; no en la misma tumba, pero uno al lado del otro. Al cabo de treinta y tres años de vida en común.

«Un balance estupendo para una vieja pareja judía», me dije a mí mismo.

Post scriptum:

El nombre Jurij Golec no es ficticio; es sólo uno de los nombres que mi infeliz amigo, Piotr Rawicz, dio al Narrador de su única novela, La sangre del cielo. Así, su personaje ha quedado en esta historia a medio camino entre la realidad y el mundo de los conceptos platónicos.

El precio del abrigo de piel me pareció en un primer momento excesivo, y estaba dispuesto a rebajarlo arbitrariamente, quitando el último cero. Por suerte, justo cuando terminé la historia encontré en un periódico (del 19 de noviembre de 1982) el anuncio de un gran almacén especializado en la venta de pieles; una marta rusa, con un descuento del 15%, costaba en aquella fecha 106.000 francos (el precio anterior eran 125.000). De este modo, me enteré, seis meses después de haber echado un vistazo al vestuario de la que aquí se llama Noemí, de que su piel más cara debía ser una «cebellina» (marta rusa), de que este abrigo costaba lo que se había dicho en la historia, y de que, por lo tanto, J.G. no exageraba. Al margen de estos hechos de utilidad, como es el precio de la piel, descubrí una completa fauna exótica, y reviví, posteriormente, en mi memoria, el armario ropero de Noemí, en el que resplandecían pieles de origen desconocido para mí; visón, zorro dorado, zorro azul, lince, lobo canadiense, astracán, castor, nutria, marmota, rata almizclera, coyote, que, como se ve, entraron por la puerta pequeña en el relato, posteriormente, creando asociaciones nuevas, revelando otros mundos: oficios, bolsa, dinero, aventura, caza, armas, navajas, cepos,

sangre, anatomía de animales, zoología, lejanos parajes exóticos, gritos nocturnos de las fieras, fábulas de La Fontaine; el relato le somete a uno a grandes tentaciones. En él no se debe, como en una novela, abrir sin más las puertas de guardarropas y armarios empotrados.

Laúd y cicatrices

Aunque me había jurado que nunca volvería a poner el pie en ese sitio, una tarde, de regreso a Belgrado, después de dos años de ausencia, entré en el Club de Escritores. Ya había tenido ocasión de convencerme de que el trato con literatos es enojoso, lleno de malentendidos, envidias y ofensas. Pero, al mismo tiempo, era consciente de que este tipo de lucha espiritual, esta *éscrime littéraire*, amarga y estéril, formaba parte del oficio literario, al igual que las reseñas y la corrección de pruebas. Además, tuve en cuenta un consejo que Chejov había dado a un joven escritor, invitándolo a que abandonara la provincia y se mezclara con la fauna literaria de la gran ciudad para que, una vez hubiera conocido a los escritores, pudiera juzgarlos con menos idealismo.

Empezaba un otoño cálido y la terraza del jardín aún estaba llena de gente. Se oía el rumor de las voces, el ruido de los cubiertos y las carcajadas de las mujeres. Al entrar, eché un vistazo a los presentes y descubrí, no sin sorpresa, que nada había cambiado en mis dos años de ausencia; todos estaban sentados en los mismos lugares de siempre y parecía que estuviesen bebiendo la misma botella de vino que habían pedido cuando estuve aquí por última vez. Sólo que las mujeres habían ganado un poco de peso y a los hombres les blanqueaban las sienes y habían echado barriga. Tenían las ojeras más oscuras y la voz más ronca por la bebida y el tabaco. Me senté de espaldas a la terraza y mi campo visual sólo abarcaba una mesa, la que estaba bajo un árbol nudoso, muy próxima a la entrada. La ocupaban dos hombres de mediana edad que no conocía y una mujer de cara redonda, pelo rubio teñido y ojos pequeños e inquietos. La mujer me sonreía.

—¿Se acuerda usted de mí?

Negué con la cabeza.

—Anjutka —dijo ella. Nos conocimos una vez hace tiempo en casa de Nikola.

Entonces me acordé.

«Nunca digas de este agua no beberé», me dije a mí mismo en voz baja.

—¿Cómo le va?

—Me he casado —dijo—. Éste es mi marido.

Se parecía a un perro viejo y peludo. El cabello le caía sobre los ojos; cada cinco segundos se lo retiraba, con un coqueto movimiento de la cabeza hacia atrás, que hacía temblar la piel flácida de sus mejillas. Era una de esas mujeres que no saben envejecer y que, a la desgracia de la vejez, añaden la máscara grotesca de una falsa juventud. Calculé sin esfuerzo la edad que tenía. En la época en que me acosté con ella contaba treinta y nueve años; yo, veintitrés. De eso hacía unos quince años. «Podría ser su madre», me decía. «Casi». Yo vivía entonces cerca de la estación del Danubio. Me exigía tratarla de usted. «Esto no le da derecho a tutearme», decía; luego empezaba a poner los ojos en blanco y a fingir la pasión amorosa. A la mañana siguiente la acompañé hasta el tranvía y le dije que no volveríamos a vernos. Me contestó con un refrán. «Nunca digas de este agua no beberé». Tenía razón. Una semana más tarde fui de nuevo a buscarla. «He pensado en usted, Anjutka». Amanecí entre en sus pechos maternales.

Por aquel entonces ella trabajaba como guía de turistas rusos y se dedicaba al contrabando. Consiguió venderme un agua de rosas búlgara (ampollas diminutas en una caja de madera semejante a un salero), un retrato de Pushkin en bajorrelieve de latón sobre una superficie de mármol del Caspio y las Obras escogidas de Blok en tres tomos (Moscú, 1958). Yo sabía que eran regalos que le hacían los turistas…

Inclinada hacia los hombres de la mesa, les contaba algo a media voz, sacudiendo la cabeza. Observaba los efectos ruinosos del tiempo en su cara.

Le pedí al camarero que les llevara una botella de vino y, como ya había terminado de tomarme una sopa, me levanté para marcharme. Eran casi las tres de la madrugada. Al pasar a su lado, ella me cogió de la manga.

—No estuvo usted en el entierro de Nikola —dijo—. Seguramente se hallaba otra vez en el extranjero.

—En efecto.

—Sólo fuimos cuatro a despedirlo. Se murió mientras dormía. Lo encontraron una semana más tarde. Creo que no estaba enfermo. Aquí tiene mi tarjeta. Llámeme.

Oía su voz como si llegara de lejos. Me acuerdo de haber estrechado la mano de los dos hombres, uno de los cuales era su marido. Me dirigí por la calle Francuska hacia la plaza de la República y luego al hotel Moskva. Los escaparates del pasaje del cine Zvezda todavía estaban iluminados; el polvo había penetrado en las telas de los botones expuestos, cambiando su color; moscas muertas yacían en el fondo del cristal como en un acuario seco. Era una temprana aurora violácea, el preludio lejano del alba. Al encontrarme en el pasaje, oí el timbre de un despertador; la luz de una bombilla se encendió en una de las ventanas del patio.

La galería al fondo del zaguán estaba tapiada con tablones medio podridos; delante, habían alineado unos cubos de basura oxidados. Un gato saltó de entre ellos y pasó rozándome. Atisbé a través de las maderas podridas; dentro estaba oscuro y olía a orina; me pareció oír chillidos de ratas. Salí. Al llegar a la esquina, bajé por la calle Balkanska. Con las primeras luces del alba divisé, por las rendijas de una valla metálica, un almacén. La pared que lo separaba de la casa en la que yo vivía antaño, estaba derruida; las ventanas de la vivienda, arrancadas, el techo se había desplomado. Un camión volquete cargado de ladrillos y escombros se hallaba en el depósito al lado de enormes rollos de cable. De repente, oí el gorjeo de un pájaro y miré en esa dirección. Una acedera altísima, inclinada hacia el patio, balanceaba sus hojas aún verdes, más intranquila por el presagio de la salida del sol que por la brisa que soplaba. Y recordé: «La gente la puede cortar, pero su retoño saldrá en otro lugar. Se abrirá camino a través de la piedra o del cemento».

En los últimos años de facultad encontré un piso en el centro —el sueño de cualquier estudiante, sobre todo de los que vienen de provincias—. Cosa que proporcionaba, además de cierto prestigio social, la ventaja de poder quedarse hasta tarde en los cafés sin tener miedo a perder el último autobús ni tener que esperar hasta

las primeras horas de la mañana, muerto de frío (una experiencia que conocía demasiado bien). El piso estaba situado en un pasaje y daba a dos calles. Después de atravesar el pasadizo —que albergaba los escaparates de una marroquinería y unos talleres en los que se cogían puntos a las medias, se reparaban plumas estilográficas y se forraban botones—, se llegaba a un patio adoquinado. Al fondo, a la izquierda, había una galería baja cuyas escaleras de ladrillos desconchados conducían a un nivel inferior, hacia la calle Balkanska. El edificio era antiguo, de una sola planta, con un mirador turco, paredes que habían perdido el revoque, ventanas con marcos desvencijados y una puerta de madera desencajada. Los caseros eran un matrimonio de ancianos rusos sin hijos, emigrantes de los años veinte. Alquilaban el piso por una suma que cubría parte de los gastos de luz y agua; se podría decir que casi gratis. Una tal Anjutka, una guía turística, me había dado su dirección. La había conocido en Skadarlija, donde ella debía confiarme unos escritores rusos para que los llevara a una cena oficial en el Club de Escritores.

Yo dormía en un catre mientras el señor Nikola ocupaba el otro, que estaba adosado a la pared de enfrente. María Nikolaievna se acostaba en otra habitación, más pequeña, que también hacia las veces de cocina.

Como no pasaba mucho tiempo en casa —durante el día iba a la biblioteca y por la noche al Club— estaba satisfecho con mi nuevo hogar; me servía de refugio gratuito nocturno, en pleno centro de la ciudad; disponía de un baño con agua caliente; a los caseros no les molestaba que llegara tarde.

María Nikolaievna era una mujer enfermiza y un poco sarcástica; tenía la cara hinchada y con una mitad desfigurada por marcas de quemaduras. El fuego también le había afectado las manos; la piel arrugada tiraba de los músculos y tendones; sus dedos parecían garras. Eran contadas las ocasiones en que María Nikolaievna pasaba al «cuarto masculino». Solía llamar a la puerta y asomando la cabeza pronunciaba una advertencia que no admitía protesta alguna: «Sé que lo único que posee es esta guitarra. No hace falta que me mienta». O: «Alguien vomitó la noche pasada en el baño. Espero que no fuera Njikola. La próxima vez hay que limpiarlo mejor. Buenas noches». O: «El baño estaba ayer lleno de

humo y usted no estaba en casa. Eso significa que Njikola ha empezado a fumar. Seguramente se debe a su influencia». (Con voz muy severa): «Con usted ha empezado a beber. Antes *nunca* bebía. Con usted, él también se ha vuelto bohemio».

Nikolai Aleksinski era un viejo de porte erguido, de pelo corto, canoso y risueños ojos azules. Estaba sordo como una tapia, pero su sordera no mermaba ni un ápice su buen humor. Se levantaba pronto, se duchaba todo el año con agua fría (procedentes del baño se oían sus «ah, ah, ah» y «oh, oh, oh»), ayunaba una vez a la semana —el viernes— por razones de salud; ese día sólo bebía agua de manantial, que traía desde alguna parte en una garrafa grande. Sin embargo, nada de eso tenía que ver con la resistencia casi indecente que solían oponer los ancianos a la muerte, sino más bien con una especie de hedonismo y de disciplina militar del espíritu. Aprendí a comunicarme con él con ayuda de los dedos. El abecedario se componía de una representación esquemática del antiguo alfabeto cirílico ruso y abreviaturas simbólicas: tocar el pelo con el dedo significaba la letra inicial de la palabra, o la propia palabra: v como *volosi*; tocar los dientes, z como *zub*; las manos juntas, d como *družbá*[15], etc. Bastaba con indicarle los primeros signos; en cuanto empezaba la palabra, él la completaba en voz alta, mirando a la otra persona directamente a los ojos.

Yo le muestro el pulgar y el índice abiertos (*s*), luego junto yema con yema (*o*) y por último me toco el pelo con los mismos dedos (*v*) …

—Soviética —dice él.

Le indico: *l, i, t*…

—Literatura —remata—. La literatura soviética es todavía joven —prosigue—, como la hierba fresca. Aún hay que esperar a que crezca.

Yo digo (con los dedos):

—Hierba que pisotean sin cesar.

—Nadie puede impedir que la hierba crezca —replica él—. Mire la acedera del patio. Creció en el cemento. Mírela.

—La gente…

—La gente puede cortarla —él adivina mis pensamientos— pero su retoño brotará en otra parte. Se abrirá camino a través de la piedra o del cemento.

Le pregunto:

—¿Conocía usted al príncipe Zhevahov?

Me mira sorprendido:

—¿De dónde ha sacado ese nombre?

Le respondo:

—Leí su libro sobre Nilus.

Hace un gesto de indiferencia con la mano.

—Zhevahov —continúo yo— vivía hasta hace poco en Novi Sad. Los emigrantes rusos tenían su cuartel general en Sremska Mitrovica.

—Zhevahov era un infeliz. En la vejez desvariaba. Veía fantasmas. ¿Acaso no tiene nada mejor que hacer que dedicar su tiempo a ese simple del príncipe Zhevahov?

—Estoy reuniendo testimonios —digo—. Cuando trató el tema de Nilus, escribió sobre el *Protocolo de los Sabios de Sión*. ¿Qué aspecto tenía este Zhevahov?

—Era alto, muy apuesto en su juventud. Justo antes de la guerra, lo vi por última vez. Todavía vestía su anticuado *pince-nez* y en su chaqueta raída colgaba la orden de Nicolás.

Le entrego el manuscrito de mi primer libro. (Este libro se publicará tres o cuatro años más tarde.)

—Parece usted miembro del círculo de los Hermanos Serapion —dice él—. Se intuye el mismo programa. Su realidad es poética.

Le contesto que la realidad poética también es realidad.

—La realidad es —declara él— como la hierba y la tierra. La realidad es la hierba que crece y los pies que la pisan.

Le comento que eso también es una imagen poética. Una metáfora.

—Quizás una imagen —admite—. Vamos, tomemos otra copa. Es de guindas. Un aguardiente casero. Me lo trajeron del pueblo unos amigos. El escritor debe —prosigue— considerar la vida en su totalidad. Tiene que anunciar el gran tema de la muerte, para que el hombre sea menos soberbio, menos egoísta, menos malvado, y, por otra parte, dar un sentido a la vida. El arte es el equilibrio de estas dos ideas contradictorias. Es deber del hombre, sobre todo del escritor, y dirá usted que hablo como un viejo, abandonar este mundo dejando tras de sí no una obra, obra es todo, sino un poco de bondad, algo de conocimiento. Cada palabra escrita es como la

Creación. (Pausa). Lo oye: ya cantan los primeros pájaros. Vamos a dormir. María Nikolaievna se enfadará si continuamos así hasta el amanecer. Ella ha tenido una vida dura. Muy dura.

Nunca me atreví a preguntarle qué incendio había dejado esas horribles marcas en el cuerpo de ella. Igual que nunca llegué a saber nada de la vida de él. La persona que me había dado su dirección y me había recomendado, sólo me contó que María Nikolaievna había sido víctima de un incendio cuando huía de Rusia, que Nikolai Aleksinski había llegado a Belgrado a través de Constantinopla y que era ingeniero forestal (profesión que más tarde asigné a uno de los héroes ficticios en uno de mis cuentos, en honor de Nikolai Aleksinski, porque en aquella época él mismo ya me parecía una ficción). Aunque pasé muchas noches conversando con este buen viejo de espíritu sereno, jamás escuché de él una confesión. Creía que mis propias confidencias le harían sentirse en deuda y que algún día se confiaría a mí. Pero, a pesar de todas mis confesiones, nunca le oí contar nada referente a su vida anterior.

Le digo:

—¿Qué… debo… hacer? Amo… a dos… mujeres.

En su cara aparece enseguida una expresión de sincera inquietud; sus ojos, con una sonrisa alentadora, me revelan que mis penas amorosas le llegan al corazón.

—El amor es una cosa terriblemente complicada. No haga sufrir a ninguna de ellas. Y no se precipite. Por su bien. Y por el bien de ellas.

Le digo:

—Usted conoce a una… Se la presenté hace un mes.

—Clitemnestra —contesta él—. Una auténtica Clitemnestra, capaz de hacer daño. A sí misma o a usted. El amor es una cosa terrible. ¿Qué puedo decirle? Uno no puede aprender de las experiencias amorosas ajenas. Cada encuentro entre un hombre y una mujer empieza como si fuese el primer encuentro del mundo. Como si después de Adán y Eva no hubiera habido miles de millones de encuentros. Sin embargo, fíjese, la experiencia amorosa no se transmite. Es una gran desgracia, Pero también una gran suerte. Así lo ha dispuesto Dios. Una más y apartaré la botella. María Nikolaievna se enfadaría. Sea prudente. No le haga daño a nadie. Las heridas amorosas son las que permanecen más

profundamente grabadas en el corazón. Y no permita que la literatura, en su caso, sustituya al amor. La literatura también es peligrosa. La vida no se puede reemplazar con nada.

De vez en cuando, le pedía que tocara algo en el laúd. Si estaba de buen humor, solía decir: «Afíneme el instrumento. Ya sabe cómo se hace».

Yo afinaba el laúd y él empezaba a tocar. Se sabía de memoria un *Lied* y romanzas cíngaras. En su apagado oído todavía dormitaban algunas melodías como un recuerdo lejano; emitía unos sonidos raros, parecidos a murmullos.

—Creo que hoy suena bien —dice.

Afirmo moviendo la cabeza.

—Es porque fuera está nublado. El laúd estaba reseco. Y este tiempo le sienta bien. ¿Está bien afinado?

Inclinado sobre el instrumento, como si intentara oírlo, toca unos acordes. Luego me mira a los ojos.

—La menor —digo.

—Fuera está nublado. La humedad le sienta bien.

Durante años, no dejé de visitarlo, aunque ya me había mudado. Siempre que me sentía mal o necesitaba un consejo, acudía a él. Sabía que leía todos mis textos en las revistas y las críticas de mis libros.

El talento es una maldición —solía decirme—. Pushkin murió por su talento. No hay peor envidia que la provocada por un don divino. Los talentos son escasos, y las mediocridades, millones. Es una lucha eterna. Y no se entierre por completo en los libros. Viaje. Escuche a la gente. Y escuche su voz interior. María Nikolaievna lo está esperando. No se tome a mal sus regañinas. Está enferma. Y es desdichada.

María Nikolaievna, envuelta en un chal de lana deshilachado, estaba sentada cerca de la ventana. La ventana daba a un patio oscuro rodeado por un muro desconchado.

—He leído en el periódico —dice ella— que el teatro en el que trabaja va a Rusia. ¿Usted también va?

—Sí —contesto—, nos vamos de gira por quince días.

—Eso pone en el periódico. ¿Podría hacernos un favor?

Con mucho gusto.

—Aquí le he anotado dos direcciones, ambas en Moscú. La

primera es la dirección de mi hermana: Valeria Mihailovna Ščukina. La otra, María, como yo, Jermolaievna Šiškova, es su mejor amiga, y la mía, antaño. La última vez que recibí una carta de ellas fue en enero del cincuenta y seis. Es decir, hace nueve años. Tal vez estén vivas, o por lo menos una de las dos. Supongo que, si han muerto, alguien me lo habría hecho saber. Aquí tiene, por si acaso, un nombre más: Karaieva, Natalia Viktorovna. Es la más joven. Le voy a dar también su dirección. Si no localiza a las otras, ella podría decirle qué les ha sucedido. ¿Le importaría hacer esto por nosotros?

Dos días después de llegar a Moscú, conseguí sobornar a la severa vigilante de nuestra planta. Un inválido, vestido con un raído capote militar y apoyado en una muleta, estaba delante de la puerta del hotel y tendía a los transeúntes su grasienta gorra. Le di unas monedas. Me lo agradeció como si recitara un fragmento de Dostoievski.

Nada más doblar la esquina, encontré la parada de taxis que había descubierto el día anterior durante el recorrido oficial de la ciudad. El taxi me llevó hasta un gran edificio con una entrada oscura y largos pasillos fríos.

Me dirigí a unas niñas que jugaban en la entrada. Me miraron extrañadas, luego se marcharon sin pronunciar palabra. Por fin, apareció una mujer y yo le leí los nombres de mi papel.

—No sé —dijo.

—¿A quién podría preguntar?

—No sé. Aquí vive mucha gente.

No quería darme por vencido. Ya en el edificio, entendí el significado de los números y abreviaturas que figuraban en la dirección: eran las entradas, los pisos, las alas, los apartamentos. Finalmente, cuando logré descifrar el mensaje, llamé a una puerta. Después de un silencio prolongado, escuché una voz femenina:

—¿Quién es?

—Busco a Valeria Mihailovna Ščukina.

—No vive aquí.

La voz llega justo de detrás de la puerta. Sé que me está observando a través de la mirilla.

—¿Sabe dónde podría encontrarla?

—¿Es usted extranjero?

—Sí. Extranjero.

La oigo descorrer el cerrojo. Asoma la cabeza:

—Déjeme verlo.

Le doy el papel.

—¿Conoce a alguna de las tres? —pregunto.

Ella niega con un ademán.

—Hace sólo tres años que vivimos aquí. Pregunte allí, al fondo del pasillo, la última puerta a la derecha. Ivanovna. Varja Ivanovna Strahovska. Ella quizá sepa algo.

Luego, me devuelve el papel: la oigo cerrar con llave.

Llamo a la puerta despacio, con precaución. No hay respuesta. Me doy cuenta de que no hay nadie y muevo el picaporte. El cuarto tiene unas dimensiones de cinco por cinco. Del techo cuelga una bombilla sin pantalla. En un rincón, hay un gran horno, como en los comedores de obreros. Comprendo que es la cocina común para toda esta ala del edificio. Como si hubiera entrado en un refugio secreto, salgo enseguida y cierro la puerta detrás de mí. Evidentemente, mi inspección no ha pasado desapercibida.

—¿Qué hace aquí? ¿Quién es usted?

La mujer se cubre con una toquilla enorme; lleva el pelo recogido en un moño alto. Calza unas duras botas militares.

—Perdone —digo, y le entrego el papel con las direcciones como si fuera un documento oficial—. Me han dicho que aquí vive Varja Ivanovna Strahovska.

—¿Es usted pariente suyo?

—Por así decirlo.

—¿Extranjero?

—Extranjero.

—Varja Ivanovna está muy enferma. El corazón. Espere aquí.

Llama a la puerta situada justo enfrente de la cocina comunitaria; desaparece por un instante, luego vuelve.

—Dice que no tiene a nadie en el extranjero. Ni en ninguna parte.

—Soy amigo de María Nikolaievna Aleksinska. Dígaselo así. Ella comprenderá.

La mujer entra de nuevo sin llamar. Esta vez se queda más tiempo. Por fin aparece.

—Entre, pero sea breve. Yo soy la responsable del edificio. Debería haber anunciado su visita. Entre.

La habitación tenía el aspecto de una celda. Los muros desnudos. La cama apoyada contra la pared; al lado, una silla de madera sin el respaldo. Encima, un vaso de agua y un frasco con pastillas. Una mujer pálida y delgada está acostada, la cabeza sobre una almohada estrecha, tapada hasta el cuello con una manta militar chamuscada.

—Yo soy Varja Ivanovna Strahovska. Me han dicho quién es usted. Pregunta por Natalia Viktorovna Karaieva. Ella murió hace dos años en esta misma cama. Era amiga de María Jermolaievna, que a su vez murió hace cuatro años. No, hace cinco. A María Nikolaievna Aleksinska también la conocía yo. Y a sus hijos. Fallecieron en un incendio, Me alegra oír que ella aún vive. Su hermana, Valeria Mihailovna Ščukina, murió la primera, han pasado unos ocho años de aquello. Y ahora, ya lo ve, es mi turno. Le he dicho todo lo que sé, así que, se lo ruego, déjeme en paz. Ya no tengo ganas ni de recuerdos ni de charlas. Me estoy preparando para morir. Para mí, se han acabado los encuentros en este mundo.

—Disculpe, pero me gustaría decir a María Nikolaievna algo más de su hermana. Y de todos.

—Qué más se puede decir. Nada. Existen vidas que nunca merecieron ser vividas. Nosotros hemos vivido como si estuviéramos muertos. Adiós.

Cerró los ojos. Era una señal para indicarme que ya no hablaría más. En ese instante, se abrió la puerta.

—Ya está, usted la encontró viva —dijo la mujer del moño— ahora, váyase antes de que avise a la policía.

Durante meses, después de haber vuelto de la gira, retrasé la visita a mis antiguos caseros. Entonces un día, pasando al lado del cine Zvezda, entré a saludarlos. Primero fui al cuarto de Nikolai Aleksinski. Leía a Berdiaev. Le conté mis impresiones de la gira, la visita al Cementerio Novodevičje, al mausoleo de Lenin. Él me sirvió un aguardiente de guindas.

Entonces, apareció en la puerta María Nikolaievna.

—Disculpen —dice—, no quiero molestarlos mientras *están de juerga*. Sólo quería ver cómo le va a nuestro viajero. ¿Todavía es desafortunado en amores?

—Hablamos de Moscú —digo— y de Leningrado.

—Ah —dice ella—, ¿qué ha podido ver en quince días? Nada.

—Vi la tumba de Dostoievski —digo— y la de Blok.

—Ves —dice María Nikolaievna, hablando al viejo con los dedos —, ya te había dicho que se le iba a olvidar buscar a mi hermana. Lo único que ha hecho en Rusia es beber vodka con las actrices. Es un bohemio.

—No he podido separarme del grupo. En Rusia no es nada fácil. (A continuación lo traduzco a la lengua de los sordos.)

—Ya lo sabía —dice ella y se va.

—No se preocupe —dice Nikolai Aleksinski—. Ha hecho usted muy bien. Es preferible beber con las actrices que vagar por Moscú. Es mejor así, que *ella* no sepa nada.

Yo comprendí. Él había adivinado que había cumplido mi misión.

—Vamos, tomemos otra copita —dijo—. Luego tendré que guardar la botella. María Nikolaievna está muy enferma.

Post scriptum:

Influido por Truman Capote, en este relato intenté acercarme, a mi manera, a un género narrativo llamado historia no ficticia, en el que la parte imaginada está reducida al mínimo y los hechos lo son todo. En el cuento Jurij Golec, no lo conseguí: cuando los personajes de una historia, aunque sean secundarios, son personas vivas y concretas, el escritor suele estar obligado a realizar valiosas modificaciones y concesiones relativas al absolutamente comprensible amor propio humano.

El maratoniano y el juez de carrera

Aunque no coincide exactamente en el plano cronológico, estoy convencido de que oí esta historia por primera vez de boca del difunto Leonid Šejka, pintor, que se denominaba a sí mismo «clasificador». Si había leído el manuscrito de Terts o a él también se la habían contado, lo ignoro. Lo único que creo saber es que fue él el primero que me la contó. (Seguía con la mirada a los corredores jadeantes que se adelantaban uno a otro haciendo un terrible esfuerzo físico y mental, deslizándose por un paisaje imaginario, al que él daba forma y color. Juntando tres dedos de la mano derecha, buscaba la palabra y expresión, como si palpase bajo las yemas la finura del pigmento o el espesor de los colores, mientras que la mano izquierda permanecía inmóvil, extrañamente inmóvil, como paralizada: en ella se consumía el cigarrillo y la columna de ceniza seguía hasta el fin recta, intacta.)

La historia dice así:

Vestidos con pantalones cortos de deporte y camisetas con enormes dorsales, los corredores del maratón se preparan para la carrera. Entre ellos, hay algunos que compiten por primera vez, pero también otros que son campeones experimentados del maratón, así como un señor de unos cincuenta años, alto y huesudo, veterano famoso, antiguo campeón múltiple, una gloria de la patria.

Son los primeros días de otoño o los últimos de la primavera. En la plaza mayor, entre el edificio barroco del ayuntamiento y el restaurante cuelga una pancarta de tela con la inscripción «salida». Las señoras vuelven de la misa matutina, llevando de la mano a unos niños impecablemente peinados. Las señoritas vestidas con faldas largas y cuellos de encaje palmotean alegremente, sin quitarse los guantes blancos.

Cuando el juez de carrera baja el banderín, los corredores arrancan con una fingida indiferencia: les esperan veinticinco largos kilómetros, e incluso los novatos saben que la maquinaria del cuerpo y del espíritu debe forzarse al máximo más tarde.

Así, en pelotón, recorren las calles de la ciudad, unas veces iluminados por el sol matutino (en esos momentos se protegen los ojos con las viseras de caucho), otras, cuando los edificios altos les ocultan el sol, sumidos en cuadros de sombra. Inmóviles en el bordillo de la acera, los funcionarios aplauden tibiamente, los caballeros blanden con fuerza sus bastones, señalando a sus favoritos, los barberos dejan por un instante a sus enjabonados clientes, y los aprendices, apoyados en el quicio de la puerta, siguen a los corredores con una mirada nostálgica y piensan que el destino les ha dado la libertad como alas y que uno de ellos se llevará la gloria del campeón.

Todavía corren en grupo, y a través de los aplausos cada vez más escasos oyen el ruido rítmico de sus pasos y de su propia respiración. Luego, la ciudad se aleja lentamente. Han pasado por los suburbios ahogados por el humo, por la papelera, la fábrica de cerveza; a la izquierda queda el hangar ferroviario; cruzan el puente, y aquí ya empiezan los campos, los prados y el cañaveral, que, al sol de la mañana, exhalan el olor a hierbas mezclado con la neblina. Este aroma los obliga a entornar los ojos, como si la fuerza divina de la naturaleza, los jugos arcaicos de la tierra, se abrieran entre los jadeos un camino más fácil hasta los pulmones y la sangre.

El recorrido está marcado con banderas, y la motocicleta, que soltando gases serpentea delante de ellos, los guía para que no se pierdan. La masa compacta ya se ha dispersado. Por supuesto, sólo se trata de medir las fuerzas o las primeras crisis (pasajeras), antes de que el cuerpo se someta a la fuerza de la voluntad, de la razón y de la ambición; o hasta que los traicione por completo.

Valdemar D., con el dorsal 25, un hombre alto de unos treinta años, el pelo rubio muy corto y las piernas largas y delgadas, siente que por fin ha logrado dominar la inercia del cuerpo, que al llegar al linde del bosque ha vencido el entumecimiento de los músculos, la indiferencia de los huesos, la flaqueza de las plantas de los pies, que ha domado a la postre a este animal físico que un santo denominó «asno mío». Corría sin dificultad, sus piernas se movían

como dos pistones en marcha bien engrasados. El olor del bosque, el aroma de las coníferas, parecía que le daba nuevas fuerzas. El sonido de una sierra mecánica, los golpes de un hacha contra un árbol sonoro, el olor a serrín húmedo semejante al tufo de la orina, era como un lejano eco de su infancia.

A pesar de lo acordado con el entrenador, que ahora ya era un recuerdo vago y casi olvidado, en la pendiente del bosque imprimió a su cuerpo una aceleración digna de un *finish*, y se colocó a la cabeza del primer grupo en el que se encontraba también el famoso veterano, corriendo su última carrera, la de honor. Por un instante, le pareció que el veterano lo miraba extrañado e incluso que había movido la cabeza, probablemente para indicarle que las cosas no se hacían así, que aún no había llegado la hora de tomar posiciones, pues acababan de abandonar la ciudad: todavía se oía con claridad el repicar de las campanas de la iglesia.

Al llegar a campo abierto, se dio la vuelta. Detrás de él se alzaba la pared verde del bosque y un sendero estrecho en el que no había nadie. (Los imaginaba subiendo, sin aliento, la última cuesta en el corazón del bosque, descubriendo las huellas de sus pies en el barro.)

El paisaje le resultaba familiar, demasiado familiar; tenía la suerte de que el itinerario en el que solía entrenar era justo el mismo por el que ahora corría impulsado por un viento alegre, por un entusiasmo olvidado hacía mucho tiempo.

Al llegar al kilómetro seis, le arrojaron un cubo de agua a la cara; en el siete le pasaron una botella y él, sin dejar de correr, vació el líquido que olía a sauco y sabía a agua de lluvia; en el kilómetro diez, alguien le gritó que debería reducir la velocidad y guardar fuerzas para el *finish*; en el kilómetro once, se hundió hasta los tobillos en el fango a la orilla de un lago.

Con la sorpresa de un hombre acostumbrado y bien entrenado —un corredor experto, que empezó a competir en distancias cortas, antes de encontrar, siguiendo los consejos del entrenador, su verdadera vocación en las carreras de larga distancia, en las que la intervención de la suerte queda reducida al mínimo y en las que deciden la fuerza de voluntad, la experiencia y el entrenamiento— se dio cuenta de que estaba corriendo la carrera de su vida, a punto de conquistar el trofeo que anhelan cientos, miles de atletas.

Emocionado por este hecho —porque su cuerpo se doblegaba sin esfuerzo, sin resistencia, por la armonía perfecta que había alcanzado con esta máquina humana, porque había roto su rebeldía, la había domesticado y sometido— meditaba sobre el milagro biológico que le había permitido domar la inercia del cuerpo, la resistencia de la materia, la gravedad de la tierra, y la forma en que conseguía, como un faquir de la India, dominar la actividad de su corazón, controlar su ritmo. ¿Cómo se había producido, se preguntaba, esta armonía mágica, este equilibrio ideal entre voluntad, fuerza, años, días?

Volvía la cabeza en vano. Tras él no había más que extensiones de campos verdes y ondulados, colinas boscosas, el reflejo rosado del lago; pero no había ni rastro de los que estaban con él en la línea de salida.

Sólo lo seguía el sol describiendo un gran arco.

La cruz incandescente de la torre del pueblo se le aproximaba cada vez más. En los mojones apoyados en los árboles al borde del camino, veía pasar los kilómetros, y por fin descubrió, no sin asombro, que en uno de ellos, arrimado ahora a un poste de teléfono, figuraba el número doce. Esto suponía un tiempo récord, incluso para una carrera de cinco mil metros, pensó, y una gran alegría inundó su alma, una felicidad que lo asustaba un poco, como sí él mismo presenciase un fenómeno desconocido, prodigioso, que rayaba con lo inhumano, con lo imposible. Pues si a mitad de la carrera aún conservaba esta frescura, entonces sólo un percance imprevisto, una caída torpe, una torcedura de tobillo, podría impedirle establecer un récord fantástico que entraría en los anales del deporte, una victoria digna del mito maratoniano.

A poca distancia del pueblo, la motocicleta redujo la velocidad y se metió en el recinto de un campo de fútbol, invadido por la maleza crecida. (El ruido del motor se apagó de repente y él pensó que se había producido una avería.) En ese instante advirtió que, junto a la ruinosa portería, alguien agitaba un banderín amarillo. Miró hacia atrás, pensando que probablemente la señal estaba dirigida a otro, a los niños que le pisaban los talones o a un ciclista curioso que se le había acercado demasiado. Detrás de él no había nadie. La moto dio una vuelta y se paró justo al lado de la portería. El motorista se colocó las gafas de caucho en la frente y extendió los

brazos con aire de impotencia.

Valdemar D. miró al juez de carrera y le pareció que conocía a ese hombre, esos brazos cortos, robustos, esas piernas torcidas, esa cabeza cuadrada. El juez de carrera agitaba el banderín y le hacía señales enérgicas para que se detuviera.

—Número Veinticinco, tiene que descansar —oyó claramente la voz del juez. (También la voz le resultaba familiar.)

Valdemar D., sin embargo, sigue corriendo, busca la salida de ese campo de fútbol abandonado, infectado de hierbajos. Por todas partes lo rodea una oxidada alambrada de espino. Valdemar D. sabe que no debe pararse, que *ahora* no debe pararse, justo cuando ya ha logrado hacer lo que ha hecho, cuando ya ha superado la mitad del recorrido. Así que continúa corriendo en círculos por inercia, para que la máquina orgánica no se quede sin aliento y el motor no se detenga, para que no se desequilibre el ritmo de los pasos y del corazón. Jadeando levemente, consigue espetarle al juez de carrera (¡esta cabeza, Dios mío, cómo le suena!):

—Señor, yo no estoy cansado.

Y sigue corriendo en círculos.

—¡Le ordeno que se pare y que tome aliento! —grita el juez de carrera rojo como la grana, agitando el banderín arriba y abajo, arriba y abajo.

—¡Se lo ordeno!

Valdemar D. le contesta por encima del hombro sin modificar el ritmo de sus pasos:

—Señor, si me paro ahora…

—Usted se va a parar, número Veinticinco. ¡Le ordeno que pare! ¿Me ha oído? ¡Párese!

—Pero ¿a mitad de la carrera? —se lamenta Valdemar D. sin dejar de correr y buscando una salida a través de la alambrada oxidada.

—Es por su bien —grita el juez, olvidando por un momento agitar el banderín—. Si no me cree a mí, número Veinticinco, aquí hay una persona que lo convencerá de que es por su bien. Está cansado.

Entonces, a una señal del juez, sale María de una tienda. (Esta carpa baja servía evidentemente de punto de control y en ella estaba instalado un teléfono de campaña.) La reconoció incluso

antes de que empezara a hablar, a pesar de que una pamela de paja sumía en sombras la mitad de su cara.

—Valdemar —le gritó con un tono asustado—, te lo suplico, ¡párate! Ven a descansar. ¡*Tienes que* descansar, Valdemar!

Entonces se despertó. El sueño se desvaneció, precipitadamente, como la diminuta columna de ceniza de un cigarrillo consumido. El despertar le parecía una caída, la caída de un ángel. ¿No se deslizaba un poco antes por unos lugares paradisíacos? María, cuya voz aún resonaba con claridad en su mente, si se realizaban los cálculos despierto, hacía más de quince años que estaba muerta.

Fuera se presentaba uno de esos amaneceres sucios y grises.

Todavía tuvo tiempo para contar el sueño al hombre que estaba tumbado a su lado en el catre, en algún campo de concentración siberiano. Éste, a su vez, después de la súbita muerte de Valdemar, contó lo sucedido a otro prisionero, hoy ya también fallecido. El sueño de Valdemar llegó así hasta Abram Terts, que en las cartas que escribía a su mujer hablaba de todo y de nada. El censor del campo apenas prestaba atención a su correspondencia en la que, de un modo estúpido, se hablaba más de Dios, del diablo y de Gogol que del clima, de la diarrea o del pésimo tabaco.

Terts termina la historia sobre el desdichado letonio de forma lacónica (en la carta hay que dejar espacio para la providencia divina y la nariz de Gogol): «*le quedaban exactamente doce años y seis meses para cumplir la condena*». En la página siguiente (81) de la edición londinense, añade, ahora ya al margen de la anécdota y, por eso, en cierto modo paradójicamente: «*El sueño es el abrevadero del alma que se escapa por la noche a las fuentes de la vida*».

Al leer no hace mucho el libro de Terts, recordé la historia de Šejka. (Cada vez estoy más convencido de que tenía el libro en manuscrito.) Nos había contado lo ocurrido a su manera, citando a menudo a Berdiaev, a Dostoievski y a Beckett. Estaba solo, enfermo y era ruso. Y sabía cómo iluminar sus narraciones con la misma luz secreta que irradiaba de sus cuadros.

El poeta

En las inmediaciones de la central eléctrica apareció un cartel en un poste de madera.

Era otoño, finalizaba un octubre lluvioso y sombrío. Las ráfagas de viento desplumaban las hojas de los álamos, que volaban hacia arriba y hacia los lados como panfletos tirados desde un avión, para luego caer al suelo.

El cartel estaba fijado al poste con chinchetas oxidadas que alguien había arrancado con las uñas de la esquela de Slavoljub (Bato) Rapajić, un jubilado inválido (1872-1945). El que lo había hecho demostraba sentir respeto por los muertos: había sujetado el papel, no más grande que la notificación mortuoria, sólo con dos chinchetas. De este modo, la esquela permanecía en el poste, sujeta por dos extremos, resistiendo los embates del viento.

El papel era amarillo, papel de guerra, y a lo largo de la noche o de la mañana se fue oscureciendo hasta adquirir el color de una hoja marchita, como si en ese ambiente mustio y otoñal, rodeado y zarandeado por las hojas de los álamos, él mismo hubiera adoptado las leyes del mimetismo. Las diminutas letras cirílicas —muy azules y muy pálidas— estaban ya un poco descoloridas por la lluvia, aunque, a decir verdad, la cinta de la máquina en la que el texto había sido escrito había conocido días mejores.

Todavía estaba por esclarecer quién fue el primero en advertir el cartel —«muy cerca de la central eléctrica, clavado al poste de madera con 2 (el dos en letra) chinchetas evidentemente arrancadas de la esquela en el mencionado poste»—, esa mañana otoñal del veinticinco de octubre del año 1945.

Este denigrante trozo de papel amarillo («la mitad de un folio, de calidad nº 3, doblado y cortado con un utensilio afilado»),

parecido por su tamaño a una esquela, en realidad, podría haber pasado desapercibido para los ciudadanos. «A esto hay que añadir el factor climático: había llovido durante toda la mañana, con breves interrupciones, y soplaba un viento frío del norte. La mayoría de los transeúntes llevaba paraguas por lo que andaban con la cabeza agachada, protegiéndose del viento y de la lluvia. Además, debe tenerse en cuenta que este tramo del camino hacia la central eléctrica está un poco apartado y no es muy frecuentado por los ciudadanos. Salvo unos habitantes de la Urbanización Nueva (dos casas) y unos empleados de la central, no pasa mucha gente por allí. Los ciudadanos utilizan el camino nuevo, el que transcurre por detrás de la central, lindando con el campo. (El camino viejo está lleno de baches a causa de las bombas y las cadenas de los carros de combate)». Etcétera.

Pero que nadie lo hubiera visto hasta las once de la noche, aunque lloviera a cántaros y cayeran chuzos de punta, ¡ah, no!, eso sí que no.

Así que Budišić, orientó la investigación en ese sentido. ¿Quién, cuándo y por qué había pasado por allí aquella mañana del veintiocho de octubre de 1945?

A ver, primero y ante todo, los de la Urbanización Nueva, (que de nueva no tiene nada; fue construida antes de la guerra y jamás se terminó.)

En la casa número dos (el número uno se ha derrumbado) vive una tal Donka, Donka Bojanić, de soltera Žunić, jubilada. Su hijo murió luchando en nuestro bando. Este día no salió «por razones de salud».

Su inquilina, Dordina Prokeš, estudiante de la Escuela Normal de Magisterio, veintidós años, de una familia partisana: salió de casa alrededor de las siete y media; llevaba un paraguas de hombre, no advirtió nada. («Se puede confiar en ella, teniendo en cuenta su afiliación al…», etcétera).

La casa numero tres: los Ivanović. El padre Stevo, los hijos, Dane y Blažŏ, las hijas, Darinka-Dara y Milena y la madre, Roksanda-Rosa. (Políticamente próximos a los *chetniks*. Durante cierto tiempo estuvieron de parte del enemigo. Están siendo investigados. Dane se pasea con una metralleta por la ciudad. Han sido interrogados. Los hallé completamente borrachos. Coartada comprobada: desde ayer

por la noche hasta las diez de esta mañana estuvieron celebrando el cumpleaños de su madre, Rosa, a la que llaman «señora». Comportamiento arrogante. «Mal educados». No poseen máquina de escribir).

En la central estaban de servicio cuatro obreros, todos miembros del Partido, han apoyado la Lucha de Liberación Popular. Coartada comprobada. (No tienen máquina).

Pajkić se dirigía a su casa hacia las siete, después del turno de noche. Cerca de la central coincidió con Stevan Ličina. Ličina vive en el otro extremo de la ciudad (Urbanización Zckić).

¿Con quién más?

Los alumnos del colegio «Héroe Pinki».

Así se cerró el círculo. En este cerco, atrapado como en una ratonera, se encontraba el señor Ličina, el jubilado Steva Ličina.

Qué incitó al jubilado Steva Ličina a escribir versos contra el partido y el gobierno es difícil de decir. Tampoco se sabe su contenido exacto, porque Budišić los quemó en la estufa grande la misma mañana que arrestaron a Ličina.

Por lo tanto, esto es lo que se puede decir (o quizás un poco más), a saber, que se escribió en una máquina de escribir (con caracteres cirílicos) y contaba mentiras y calumnias sobre la Lucha de Liberación Popular, el Partido y Tito. Ličina era un hombre tranquilo, de pequeña estatura y aspecto insignificante; llevaba una boina, iba siempre correctamente vestido y afeitado, aunque vivía solo; era viudo. Antes de la guerra trabajaba en el gobierno de la Banovina, la región autónoma croata, como funcionario. Era subalterno («Un chupatintas») de Brodnarov (que huyó a América), en el departamento de Educación y Cultura.

Dijimos que el poema del «señor» Ličina había tenido una vida corta, se desconocía (y creemos que jamás se llegará a conocer) el contenido exacto, y mucho menos los versos acusadores. Budišić, por cierto, lo había leído, pero no memorizó ni una sola frase. Nada de nada. Es decir, se quedó con lo más importante: el poema ofendía sus sentimientos (los de Budišić) y «hablaba insultantemente del Partido, de la Lucha de Liberación Popular y de Tito».

¿De cuántos versos se componía?

Budišić afirmaba: ¡más de treinta!

Sr. Ličina: Catorce. Soneto. A la manera del Renacimiento. Dos cuartetos y dos tercetos.

Budišić: Déjate de lecciones. Vamos, habla.

Sr. Ličina: Ya lo he dicho todo. Dos cuartetos y dos tercetos. Dos por cuatro, ocho, más dos por tres, seis. En total: catorce. Un soneto.

Budišić: ¡Nada de eso! Por lo menos treinta o más.

Sr. Ličina: Lo dicho. Un soneto. También Dučić y Rakič los escribían.

Budišić: Ésos eran unos traidores.

Sr. Ličina: Dučić, puede ser. Lo acepto… Rakič era un patriota.

Budišić: ¿Por qué lo escribiste? ¿Quién te animó a hacerlo? ¿Con quién te pusiste de acuerdo?

Sr. Ličina: Me arrepiento de todo corazón.

Budišić: Tarde, tarde… Deberías haberlo pensado antes.

Así que metieron al señor Ličina en prisión preventiva. Era la época en que el nuevo poder aún no se había estabilizado por completo, y en las regiones remotas todavía se escondían *chetniks*, sediciosos y otros rebeldes. De vez en cuando, hacían una incursión en las ciudades y dejaban bajo las servilletas de los cafés mensajes como éste: «Aquí almorzó Mile Kožurica, rebelde *chetnik*. ¡Viva el Rey Pedro!».

Budišić, naturalmente, estaba ocupado en asuntos más serios que el caso del señor Ličina. Entonces, un día lo llamaron a Kosovo, por donde deambulaban los sediciosos, y el señor Ličina permaneció en prisión preventiva dos o tres meses. Era un preso ejemplar. Se mezclaba poco con los otros presos y apenas hablaba. A veces recitaba, a media voz, unos versos. Sobre todo a Dučić y Rakič («Por eso a nosotros, hijos de este siglo, nos dicen», etc. O: «Esta noche, señora, en el baile del príncipe…»)

En enero empezó el interrogatorio. Ahora le preguntaba un tal Projević.

—Veamos, Ličina, te dedicas a escribir poemas contra Tito y la Lucha de Liberación Popular. ¿Sabes lo que le hacíamos a los tipos como tú no hace ni seis meses? Claro que lo sabes, de sobra lo sabes. Yo no soy Budišić, no lo olvides. No me ando con chiquitas. ¡Hala, desembucha! ¿Quién te convenció?, ¿con quién lo redactaste?, ¿por orden de quién?, ¿quién os paga? Vamos por

partes.

Sr. Ličina: Ya he contestado sinceramente a todo eso. Lo juro por Dios.

Projević: Déjate ahora de Dios, infeliz. Aquí no hay Dios que valga.

Sr. Ličina: Créame, señor, no me acuerdo de nada más.

Projević: Lo que quieres es que yo te refresque la memoria, ¿no?

Sr. Ličina: Lo confieso, los versos eran inoportunos. Asumo toda la responsabilidad moral.

Projević: Con que no te acuerdas de nada, ¿eh? Entonces, ¿eso dices?

Sr. Ličina: No, le doy mi palabra. Los escribí de madrugada, alrededor de las cuatro. A máquina directamente.

Projević: Vamos, sigue así. Cosas más importantes tenemos que hacer.

Sr. Ličina: Luego me puse el abrigo y cogí el paraguas. Disculpe, ¿qué le ha pasado a mi perro?

Projević: Y dale que dale, otra vez él con el perro. Te lo he dicho: lo alimentamos todos los días, tres veces, con salchichas y jamón de Dalmacia. Y sólo leche le damos para beber como si fuese un cordero y no un chucho. Tú sigue con la historia.

Sr. Ličina: Le estoy muy agradecido… Ahora me siento mucho mejor.

Projević: Cogiste el abrigo y el paraguas y saliste a la calle. ¿Se lo enseñaste a alguien?

Sr. Ličina: A nadie.

Projević: ¿Con quién te cruzaste por el camino?

Sr. Ličina: No me acuerdo. Con nadie.

Projević: Muy bonito, de veras, muy bonito. No se acuerda del poema, no se acuerda de la gente. Escúchame, no te hagas el tonto. Desde luego chiflado no estás, si sabes componer versos contra la Lucha de Liberación Popular y contra el pueblo. Pero nosotros encontraremos un remedio para lo tuyo. Lo haremos, claro que lo haremos No debes preocuparte por nada. Ten, aquí tienes un lápiz, coge este papel, y a componer, amiguito, hasta que te hartes.

Sr. Ličina: Gracias, señor.

Projević: Nada tienes que agradecerme, desdichado… Considéralo un regalo. Y ahora fuera de mi vista.

Sr. Ličina: Gracias, señor.

Projević: No quiero volver a verte, hasta que el poema esté acabado.

Sr. Ličina: Entendido, señor.

Projević: Te bastarán, digamos que… tres meses.

Sr. Ličina: Tres días es más que suficiente.

Projević: ¡Fuera! Tres días, ¡qué más quisieras! A escribir y borrar durante tres meses. ¡Que sea como una poesía de Zogović! ¿Me has entendido? Como un poema de Zogović. O de Maiakovski… ¡Ahora lárgate!

El señor Ličina pasó tres meses en una celda de aislamiento, escribiendo sus composiciones. Escribía y borraba, como le había ordenado Projević. Primero compuso un soneto con rimas abrazadas: *abba*. Luego cambió el sistema de las rimas (las mismas) a *abab*, sin cambiar los tercetos. A continuación modificó los tercetos, y posteriormente desechó las dos últimas rimas («Fronte-Piamonte»), porque le parecían un poco anticuadas. Y después… se quedó sin papel. Había probado todas las variantes. No le quedaba más que esperar. Al cabo de setenta y cuatro días exactamente lo llevaron ante Projević.

—A ver que me traes, poeta —dijo Projević.

El Sr. Ličina le tendió el papel por encima de la mesa.

Projević: Siéntate, siéntate. Pues… Ni que fueras una estatua… Aquí, aquí, en el sillón, infeliz. Asiií. A ver.

El Sr. Ličina se sentó en el borde del sillón, apretando la boina entre las manos. (Era la única prenda civil que llevaba encima). Aspiraba el aroma del café y cerró los ojos, como si dormitase. (Probablemente pensaba en su perro. Pero, vete tú a saber, con estos viejos decrépitos…)

Projević interrumpió bruscamente su duermevela.

—¡Ahí es nada! Es magnífico… ¡Bravo, bravísimo!

Sr. Ličina: Hice un esfuerzo, señor.

Projević: ¡Se nota! Te felicito. Ea, ya ves que si quieres, puedes.

Sr. Ličina: En lo que a las rimas se refiere, el poema es irreprochable…

Projević: No exageres.

Sr. Ličina: He hecho todo lo que he podido.

Projević: Todo, dices. Todo, todo… Ay, Ličina mío, no sabes tú

bien qué significa hacer todo lo que uno puede… ¿No dijiste, infeliz, que podría encontrarse una rima mejor?, ¿sí o no? Pues, hala, ¡ponte a buscarla! Nosotros tenemos tiempo, camarada Ličina, tenemos tiempo de sobra. ¡Ante nosotros está el futuro, todo el futuro! Vamos, muévete, y no quiero volver a verte hasta que el poema sea como los de Maiakovski. ¿Me has entendido? Que los niños lo puedan recitar en las funciones escolares y los soldados cantar en la formación… Aquí tienes más papel, te bastará… ¡Hala, largo! ¡Lleváoslo…! Suerte, poeta.

Projević tomó un sorbo del café frío de la taza y se concentró de nuevo en sus papeles.

Luego levantó la cabeza.

Projević: ¿Todavía estás aquí?

Sr. Ličina: Quería preguntar, señor…

Projević (golpeándose con la mano en la frente): Ahhh, se me olvidaba… Ahora lo alimentamos con latas americanas del economato de los ministros. Ya está dos veces más ancho que largo. Te lo juro.

Entonces volvió a sumirse en sus papeles.

En el curso de los tres meses siguientes (estamos en 1947) el Sr. Ličina gastó más papel que una rata. Así se lo hizo saber Projević, por medio de un guardia: «El director pregunta si te comes el papel, como las ratas». Entretanto, se celebró una función, en la que unos actores de la ciudad recitaron a Maiakovski y a otros poetas. El Sr. Ličina se consumía en la fiebre creativa. No le gustó Maiakovski. Era muy inferior a Dučić o Rakič. Muy inferior. Y sin ritmo. Las rimas, chapuceras. Su soneto era mejor, mucho mejor. Objetivamente hablando. A pesar de la biografía y su origen. Si lo hubiera firmado un partisano de la Lucha Popular de Liberación o un poeta joven, esos versos lo habrían hecho famoso. Así…

Colocó delante de Projević una pila de papeles.

—¿Qué es esto, desgraciado? —preguntó Projević.

—Poemas, señor.

—Poemas, poemas. Pero, Ličina, ¿crees que estamos aquí para jugar a los maestros? ¿Crees que no tengo nada mejor que hacer que leer tus coplas? Y también querrás que *yo elija* ¿eh? ¡Fuera! No quiero verte por lo menos en tres meses. Digamos que… (consulta el calendario de mesa), hasta septiembre. ¿Nos hemos entendido?

El Sr. Ličina permanecía mudo como una piedra. Sin duda decepcionado.

—Te pregunto por las buenas: ¿Nos hemos entendido?

—De acuerdo, señor.

—Pues, ¡hala!, ya puedes largarte… Ah sí, casi se me olvida: Tu perra parió. Seis así (hace un gesto), como oseznos…

El Sr. Ličina guarda silencio, cabizbajo.

Projević: ¿Qué pasa? ¿No estás contento?

Sr. Ličina: ¡Es que era un perro!

Projević: Ah, perro, dices. Yo creía que era perra… Entonces será la perra de otro la que parió…

En septiembre, Projević mostró el poema a unos dirigentes. Unos dijeron: excelente. Otros, encogiéndose de hombros: no está mal.

Projević (se bebe de golpe su orujo): Salud camaradas.

Todos: Salud.

Projević: Así que, camarada Ćićko, a ti no te gusta.

Camarada Ćićko: Yo no digo nada.

La conversación se celebraba en el despacho del director de la prisión. Era una especie de inspección. Entre camaradas.

Projević: Lo ha escrito un traidor, un enemigo del pueblo.

Ćićko: ¿Ese que detuvo Budišić?

Projević: Ese mismo.

Guardaron silencio un momento. Luego empezaron a hablar de Budišić.

Projević: Puedo enseñarte todas las variantes. Siete u ocho. Cada una mejor que la otra. Sólo siento que Budišić no guardara el primero.

Ćićko: Si, es una pena.

Projević: ¿Quieres verlos?

Ćićko: Siéntate y déjate de niñerías.

Projević se sentó.

Tomaron otro orujo. Y otro.

Projević: Anda, déjame traértelo. Para que veas cómo recita.

Ćićko: Tráelo.

Lo trajeron.

El Sr. Ličina apretaba la boina entre las manos. Le ofrecieron aguardiente. Él se lo agradeció.

Projević: Vamos, recita la última variante. Para que el camarada

Ćićko lo oiga.

Ćićko: Vamos, vamos, no nos vengas con remilgos… Si escribiste el otro… Mira, te doy mi palabra: si el poema es bueno, te soltamos. Pero tienes que recitarlo bien…

Projević: Como la última vez.

El Sr. Ličina empezó a declamar su soneto, igual que habían hecho los actores el día de la función para los presos. O eso era lo que a él le parecía. Levantaba los brazos hacia el cielo (techo), se llevaba las manos al corazón y al final se inclinó. Casi hizo una reverencia.

Projević le dirigió una mirada a Ćićko. Y luego dijo:

—¡Eres libre!

Y lo soltaron.

El Sr. Ličina firmó el auto de libertad y un recibo por sus efectos personales: traje, reloj, pluma estilográfica, sombrero, camisa, calzoncillos, chaleco, corbata, gabardina, pañuelo, tirantes, zapatos (bajos, amarillos, número 37), manojo de llaves.

El guardia lo acompañó hasta la puerta de la prisión.

El Sr. Ličina se dirigió a la ciudad a pie. Fuera llovía. Las ráfagas de viento desplumaban las hojas de los álamos, que volaban hacia arriba y hacia los lados como panfletos tirados desde un avión.

Llegó a su casa unos minutos antes de las nueve. Llamó a su perro, por el nombre: ¡Lunjo! ¡Lunjo!

El can no contestaba.

El Sr. Ličina abrió la puerta y el hedor del aire rancio lo golpeó. Pasó el dedo por el polvo que cubría el escritorio. La mesa estaba vacía, su máquina había sido confiscada.

A continuación, sin quitarse la gabardina, puso a calentar el gran barreño del baño. Mientras el agua se calentaba en la tina, se dedicó a limpiar el polvo de la habitación.

Comprobó la temperatura con un dedo, luego se desnudó y se metió en el agua caliente, casi ardiendo.

Se bañó durante un buen rato, haciendo gorgoritos; poco le faltó para ponerse a cantar. (Lo habrían oído. La señora Mara lo había visto entrar.) Luego se frotó con una toalla que había cogido de un montón de ropa planchada del armario.

Sujetaba el jabón de afeitar en la mano izquierda y con la derecha extendía la espuma por la cara, con movimientos lentos

como un tango. Primero se frotó la cara con litros de colonia y luego el pecho con el vello encrespado, encanecido por la edad. Al final, infló las mejillas como una gárgola y comenzó a restregarse la cara con las manos que antes había untado con crema. La piel seca chupaba la grasa como la tierra sedienta el agua.

Después se vistió minuciosamente, ropa nueva y limpia. (Todo olía un poco a naftalina y a rancio.) Calzoncillos, camiseta, camisa. Pantalones limpios (sólo tos tirantes eran los de siempre), y la chaqueta y el chaleco del traje nuevo. Calcetines limpios. Quitó el polvo de los zapatos con un pañuelo viejo.

Por fin se miró una vez más en el espejo.

Arrojó la toalla mojada, que antes había colgado en la cuerda, al suelo del cuarto de baño, luego desató la cuerda por un extremo y por el otro la arrancó con el clavo. Puso sobre una silla un trozo de periódico (*Politika*) que se había quedado en el baño cuando lo detuvieron. Ató la cuerda al gancho del que colgaba la bombilla, y se pasó el nudo alrededor del cuello. Por último, tiró la silla de una patada.

La deuda

Después de unos «días horribles», esta mañana ha sobrevenido la calma. El doctor sabía que se trataba de una calma aparente y temporal, y que en el organismo del paciente se producen unos cambios que la ciencia misma desconoce, que dependen tanto de Dios como del complejo mecanismo de los órganos y de la psique. El enfermo estaba tumbado boca arriba, apenas recostado en unas almohadas; el monitor mostraba las pulsaciones regulares del corazón. Su cuerpo estaba conectado a los complicados instrumentos a través de tubos que, por una parte, indicaban en la pantalla el funcionamiento de los órganos y, por otra, lo alimentaban artificialmente, sustentaban las venas, intestinos, órganos respiratorios exhaustos. En la tranquilidad de la habitación luminosa y blanca sólo se oía el débil susurro de los aparatos y, de vez en cuando, el tintineo de las probetas, siempre que el paciente movía imperceptiblemente sus miembros. El hombre clavó su vista un momento en la botella que colgaba sobre su cabeza, la botella de la que goteaba un líquido que, a través de un tubo transparente, introducía en su cuerpo el fluido vital.

Tenía los ojos abiertos de par en par, un poco apagados y bizcos, como las personas que acaban de quitarse unas gafas que llevan constantemente.

Fuera reinaba el silencio…

Las gotas caían con lentitud de la botella, se hinchaban, y luego se deslizaban precipitadamente en el tubo. En el mismo instante en que una corría a lo largo del conducto transparente hacia su organismo, empezaba a formarse otra. El enfermo las observaba. Le servían como una especie de rosario[16].

[…][17] que de pronto cruzó por su conciencia, por un recoveco

de su conciencia, que el momento de su muerte se aproximaba. Tras él quedaba una vida, ni mejor ni peor que otras; había amado, sufrido, viajado, escrito. Muchos pensaban y escribían, sobre todo después de su ochenta cumpleaños, que su vida había estado llena de trabajo y soledad, pero nadie sabía cuántos sacrificios le había costado ese trabajo, y hasta qué punto la soledad había sido tan forzada como salvadora. Recordaba «como a través de la bruma» (él, estilista pulcro, seguramente no hubiera utilizado esta figura) que en los últimos días había tenido crisis terribles, que había luchado con todas sus fuerzas contra la muerte, que se había resistido, que se arrancaba los tubos de las venas, le escupía a la cara, que lloraba, que se había batido con el fantasma de la parca, invisible, pero presente, unas veces de pie al lado de su cama, otras en su interior, en sus intestinos, en sus pulmones, en su cerebro febril.

Pero, esa mañana, no se sabía ni cuándo ni cómo, había llegado la calma. Había aceptado lo inaceptable: que para él todo había terminado, que sus días, sus horas estaban contadas[18]. Intentó hacer un balance de su vida, contemplar su existencia tal como los otros la velan y sonrió para sí mismo[19]. Así que moriría después de haber llenado su vida de soledad, sacrificio y trabajo; *porque todos los esfuerzos de los hombres nos enseñan lo mismo, que el sentido de las obras humanas se halla en la tierra: la ley, la moderación, el orden y el sacrificio. Y todo aquello grande y hermoso que ha sido creado, ha sido creado con sangre o sudor, y en silencio*[20]. ¿Quién había dicho esto? ¿Lo había leído en alguna parte o quizá lo había escrito él mismo antaño? Tan sólo en ese instante, el pensamiento le parecía si no consolador, al menos verdadero.

Se le ocurrió que sería hermoso tener ahora a su lado a una[21] de esas personas nobles y sabias que había conocido en su vida: a Alaupović o al señor Ivo Vojnović… Durante toda su existencia no había conocido más que a dos o tres hombres tan sabios como ellos. Los demás eran como suele ser la mayoría de la gente: limitados y egoístas; sin el menor sentido de la belleza, intransigentes con los otros, incultos; gente guiada por los instintos y la ambición de amor y comida, honores y fama perecedera. Y cada vez que entraban en su vida, la dejaban en desorden, como cuando un ejército ocupa una ciudad.

Se miraba a sí mismo con los ojos de los otros y hacía el balance de su vida tal como la veían ellos, los demás, los desconocidos: tras él dejaba sus obras completas, que recogían su biografía, su lenguaje, mezclados con la historia de su pueblo; eso les garantizaba lo que los hombres denominan inmortalidad. Aún había entre sus papeles unos libros seleccionados a conciencia y guardados en carpetas: poesías, diarios, notas. Los había purgado, eliminando de ellos cualquier cosa que pudiera comprometerlo a los ojos de la posteridad[22], cualquier vestigio personal, cualquier hecho privado, a fin de perdurar en la memoria de las futuras generaciones más como una abstracción, más como un escritor, que como un hombre de carne y hueso. Había en ese gesto suyo algo de amargo y de justo; ciertamente toda su existencia había transcurrido en el mundo de la ficción, en el mundo de los ideales platónicos, y cada una de sus incursiones en la vida no le habían acarreado más que tormentos y desgracias, aturdimiento y hastío. Cualquier decisión vital, fuera del mundo de las ideas puras, fuera del silencio y de la soledad, acababa hiriéndolo; cada una de sus acciones era un fracaso, cada encuentro con la gente, una derrota, cada éxito, un problema más; también había eliminado de esas páginas los nombres de unos y otros, todo ese universo efímero que sólo podía ensuciar su nombre: porque probar que un imbécil es imbécil es comprometedor[23];

[24] [Y entonces, de repente, como una descarga eléctrica, se le ocurrió un pensamiento que traspasó su corazón: no había saldado sus deudas. No las espirituales sino las materiales. (Por lo que respecta a las espirituales, nadie se las había devuelto nunca a sus acreedores: a Dios, a su madre, a su lengua, a la patria.)]. No, no eran esas deudas las que lo preocupaban, se las llevaría consigo al otro mundo; (y si ese mundo existe, si hay alguna razón para que exista, será precisamente por eso: para que el hombre salde las cuentas con sus acreedores). Simplemente pensaba en las deudas que se pueden liquidar con dinero, aunque sea simbólicamente, como un saludo, un apretón de manos, ahora que la espera llegaba a su fin, que se aproximaba el momento de ajustar cuentas con el mundo. Debía repartir de manera inteligente la modesta asignación —doscientas coronas— que le enviaba la asociación croata Napredak y que llegaba todos los meses, puntualmente (un

verdadero milagro en estos tiempos turbulentos, mérito este que debemos reconocer, a pesar de lo que piense la gente, a las instituciones de la monarquía austrohúngara); tenía que distribuir sabiamente el dinero para que todos recibieran una parte y no le faltara a nadie.

Miraba las gotas inflarse en la botella encima de su cabeza, y las contaba, una a una, igual que se desgranan las cuentas de un rosario o unas monedas de oro.

A Ivan Matkovšek, Wachtmeister, que me abrió los ojos a los paisajes, como un soldado aprende a reconocer el terreno en un mapa; dos coronas[25].

A Ajkuna Hreljić, que fue la primera en llevarme de la mano al otro lado del puente; dos coronas.

A Ana Matkovšek, que me enseñó el lenguaje de las flores y de las plantas; dos coronas.

A Draginja Trifković, maestra, que me enseñó las primeras letras; dos coronas.

A Idriz Azizović, «el árabe», porque me enseñó a escuchar la voz humana, que puede ser un instrumento; dos coronas.

A Ljubomir Popović, que me enseñó la bondad porque no basta con ser bueno de corazón; la bondad se aprende como el abecedario; dos coronas.

A Milán Gavrilović, que me dio lecciones de compañerismo, porque el compañerismo también se aprende como un idioma extranjero; dos coronas.

A Ratko Bogdanović, que me enseñó que el compañerismo no es suficiente, porque también puede ser egoísmo; dos coronas.

A Jovan Vasić, maestro, que me alentó cuando me hizo falta coraje para encauzarme hacia la literatura; dos coronas.

A Tugomir Alaupović, que ha velado por mi alma y mi cuerpo como si de los suyos se tratara; dos coronas.

A Mijo Poljak, profesor, que me posibilitó leer en alemán, lo que durante toda mi vida me ha resultado muy útil, amén de una diversión espiritual; dos coronas.

A Dimitrij Mitrinović, que me reveló que fuera de estas desdichadas aldeas existen otros mundos mejores y más felices; dos coronas.

A Vladimir Gaćinović, que me descubrió aquella parte del

mundo y del alma que se parece al lado oscuro de la luna; dos coronas.

A Bogdan Žerajić, que me envenenó con la duda sobre el valor de la palabras; desde entonces las miro con desconfianza y las sopeso una por una como monedas de oro; dos coronas.

A Fanika y Evgenija Gojmerac, que me envenenaron con música y amor; y la música y el amor son como hermanas gemelas cogidas de la mano… una toca la Polonesa de Chopin, y la otra con sus canciones, con sus cartas, atiza en mí el fuego sagrado del amor. Porque al principio era amor; cuatro coronas.

La gota de la botella descendía y en su lugar, otra empezaba a formarse, que así sea, pensó él, puesto que son dos personas, una cuenta de rosario para cada una, un pensamiento para cada una.

A Milan Rešetar, Jozef Jiriček, Wilhelm Jeruzalem, Oskar Evald, Jozef Klem, mis profesores, porque me enseñaron que el saber lo es todo y que la ignorancia engendra el fanatismo y las tinieblas del alma; diez coronas.

Al doctor Oskar Aleksander, laringólogo de Ilica, que me operó de la garganta; porque antes me explicó el sentido de la intervención y porque me curó no como a una oveja, sino como a un ser humano; dos coronas.

Al camarero del Salón verde de Cracovia, que me servia las infusiones como a mí me gustaban y como requería mi salud, haciéndolo, sin embargo, con una sonrisa y de buen grado; dos coronas.

A Helena Iržikovski, que me enseñó a descifrar los «jeroglíficos divinos» de las partituras musicales, a fin de impedir que pareciera un bruto ante esa gótica lírica; dos coronas.

A Jan Loc Nepomucen, por haberme revelado que en el gran árbol de las lenguas cada pájaro canta a su manera, como en la naturaleza, y que nuestras preferencias por una u otra también son individuales, arbitrarias y misteriosas como nuestras elecciones amorosas; dos coronas.

A Marjan Zdjehovski, que me descubrió las profundas raíces del árbol lingüístico eslavo, del que se ramificaron las lenguas de Pushkin, Slovacki, Murn, y la mía, el bosneški; dos coronas.

A Maja Nižetić y Jerko Čulić, con los que estoy en deuda por sus regalos, palabras y bondad, durante mi estancia en prisión; cuatro

coronas.

Al desdichado Vladimir Čerina, que me dio mil dinares cuando yo más los necesitaba, entregándolos casi de «forma anónima», para que el que los recibía, en su desgracia, no sintiera este regalo como una limosna y humillación; dos coronas.

Al guardia desconocido de los calabozos de Marburgo, que me hizo llegar un trozo de papel y un lápiz diminuto, en el momento en que escribir para mí significaba sobrevivir; dos coronas.

Al Juez de Split, Jerko Moskovit, por haberme ayudado a salir libre del juicio, mostrando con ello[26] en qué medida una actitud personal y el coraje cívico pueden, en tiempos difíciles, cambiar el destino de un individuo, el destino que los cobardes consideran inevitable, declarándolo fatalidad y menester histórico; dos coronas.

Al párroco fray Alojz Perčinlić, por haberme descubierto la vida austera, pobre y cargada de trabajo de los franciscanos; si no me hubiera convertido en «poeta», habría sido sacerdote; dos coronas.

A Stipica Lukić, novicio franciscano, que me traía a la prisión de Zenica pan, fe y esperanza; dos coronas.

A las religiosas Hermina y Eparhija, por haberme enseñado con su ejemplo que el cuerpo puede ser sometido a las cosas del espíritu, lo que, en la medida de mis modestas posibilidades, he intentado aplicar en mi mismo durante toda la vida; cuatro coronas.

A la señora Zdenka Marković[27],

Al señor conde Ivo Vojnović, mi benefactor y mecenas, que veía en mi lo que yo mismo esperaba tener: talento, ese bien y esa maldición que nos concede Dios; dos coronas.

Al señor Dinko Lukšić de Sutivan que, con su hospitalidad alegró mis días y mejoró mi salud, gracias a lo cual pude terminar mi libro de poesía; dos coronas.

Al joven juez de instrucción, un vienés que, con ocasión de mi arresto en Split, permitió que enviara a recoger mis efectos personales de la pensión, me trajo a Kierkegaard, *O lo uno o lo otro*, libro que tendrá en mi desarrollo intelectual una influencia decisiva; dos coronas.

Al guardia que me autorizó a sacar el libro del almacén penitenciario, donde guardaban nuestras cosas confiscadas; dos coronas.

A Jaromir Studnjički, librero y bibliófilo sarajevita, que me

descubrió la «luz cósmica» de los libros; dos coronas.

A la señora Dunderović, que sabía contar historias de la época otomana al modo de los antiguos tañedores de guzla, *extensa, bella y confiadamente*; dos coronas.

A Luj Bakotić, que posibilitó que en Roma no malgastara mi tiempo en tareas de oficina, que mi trabajo no me resultara pesado y que así pudiera estudiar, observar y escribir; dos coronas.

(A la postre, cuando llega el final, el verdadero final, fuere como fuere, todo sale bien y reina la armonía, Ivo Andrić, *Crónica de Travnik*.)

A Vladislav Budisavljević, que con su comprensión hizo posible que me dedicara a escribir e investigar la historia: cosas estas que se mezclan y entrecruzan en mi obra de tal modo que no se sabe dónde empieza una y dónde termina la otra; dos coronas.

A la señora Vera Stojić, que se ocupaba de mis manuscritos y de mi correspondencia con cariño y respeto[28];

A Midhad Šamić, que interpretó la revelación de mis fuentes como erudición y no como impotencia creadora; una corona.

A aquel profesor[29] que por mi cumpleaños me regaló su libro de aforismos; una corona (aunque también me la podría dar él a mí por haberlo leído). Como dice el refrán: las cuentas claras y el chocolate espeso.

A la enfermera Olga, que me cuida y que todas las mañanas me pone flores frescas en el jarrón y con manos suaves y diligentes me da la vuelta en la cama.

Así hacía cálculos mentales, en el silencio de la habitación, iluminada por un sol artificial que confería al cuarto un brillo vespertino. Su pensamiento seguía primero un orden cronológico, y luego, a medida que los dolores aumentaban (no le dolía nada en particular, le dolía todo, le dolía la vida), esta cronología empezó a embarullarse, los acontecimientos, a atropellarse, el tiempo, a perder su rumbo; su espíritu de nuevo comenzó a vagar; sólo de vez en cuando aparecía una idea humana clara, como el sol que tan pronto sale como se oculta tras las nubes.

Intentaba, mediante su rosario de gotas de insulina, cual rosario de perlas nacaradas, calcular todo el montón de dinero que había enumerado, sumar todas sus deudas. Empezaba y desistía, luego comenzaba otra vez a contar, abrumado por el vago temor, un

temor semejante a un escalofrío, de que su pobre asignación —doscientas coronas— no fuera bastante y tuviera que excluir a alguno, quedando así en deuda con alguien para siempre. Además, ¿a quién eliminar de la lista?, si ésta no era más que una parte de sus deudas. Trató entonces de reducir el importe, redistribuirlo, de todas formas la cantidad de dinero no era lo más importante, sino el detalle, fruto de su deseo de irse sin deber nada a nadie en este mundo, al menos en la medida en que uno puede devolver lo recibido a su prójimo, a sus acreedores, a los benefactores y a los gorrones por igual.

La enfermera estaba en el cuarto contiguo y, a través de la puerta abierta, vigilaba el monitor que mostraba, como olas agitadas pero uniformes, la actividad del corazón del paciente. Con un delantal blanco almidonado y un lazo también blanco en el pelo, estaba sentada a un lado de la mesa y leía una historia de amor en la revista *Bazar*: viajaba por una amplia carretera asfaltada; a su lado estaba sentado Nick Chester, la camisa desabrochada dejaba ver su torso fuerte y velludo. «Nick posaba la mano derecha sobre su firme cadera; el coche se deslizaba silencioso por la amplia carretera de Colorado. Justo cuando volvió la cabeza para decirle lo que ella esperaba hacía tiempo que le dijera…»; la enfermera apoyó sus sandalias ortopédicas con todas sus fuerzas contra la pared para evitar la catástrofe que se avecinaba en la línea siguiente en forma de camión enorme apareciendo detrás de la curva y deslumbrando con sus faros a Nick Chester, que no llegó a pronunciar las palabras que le dictaba su joven corazón. La enfermera levantó la vista de *Bazar*, donde un amor se había apagado ante sus ojos y dirigió su mirada soñolienta y triste hacia el monitor; las olas se agitaban más y más, por encima de la línea horizontal blanca saltaba, con un silbido tenue, el punto luminoso, como en la pantalla del juego de «tenis» (uno que había visto hacía dos años en el hotel de Budva).

Luego se volvió hacia el enfermo y le pareció ver que movía los labios. Sabiendo que se trataba de un paciente importante, dejó por un momento su puesto en el asiento del Cadillac, a la derecha de Nick Chester, y se acercó a la cama.

El enfermo la miraba directamente a los ojos.

—¿Necesita algo?

—Présteme dos coronas.

Hablaba bajo, con dificultad, pero muy claro.

—Perdone —dijo la enfermera inclinándose más hacia él—, no le he entendido muy bien.

—Me faltan dos coronas para saldar mis deudas. No le voy a dejar nada a deber, no se preocupe, enfermera. Quiero irme sin deber nada a nadie. Le devolveré hasta el último céntimo.

—Por supuesto que me lo devolverá. Se las traeré enseguida.

La enfermera se dirigió a otra habitación.

—Doctor, el enfermo de la cinco quiere que le preste dos coronas.

—Pues déselas, enfermera.

—*Dos coronas*, doctor.

—Está delirando, enfermera. Dele dos dinares. Si su estado empeora, avíseme. No quiero entrar ahora mientras está tranquilo. Podría excitarlo. Vuelva con él. ¿Tiene los dos dinares?

—Sí —respondió la mujer y sacó su monedero del bolsillo del delantal.

—Aquí tiene, dos —dijo la enfermera y depositó el dinero sobre la mesilla de noche al lado de la cama del enfermo; las monedas tintinearon sobre la placa de mármol, luego el ruido se apagó de repente.

—¡Doctor, doctor! —gritó la enfermera— ha dejado de respirar. Mire el monitor. Su corazón se ha parado.

—Avise rápidamente al director —dijo el médico—. Usted enfermera, ha pagado su pasaje en la barca de Caronte.

A y B

A

(The magical place)

Hay que partir de Kotor (*Kotor se trouve dans la région de la Zeta, en Yougoslavie, dans le golfe de Cattaro, une embouchure de la mer Adriatique*)[30] alrededor de las cinco. Después de una hora de viaje por una carretera sinuosa y escarpada hay que parar y esperar.

El día debe ser despejado, pero es necesario que al oeste haya unas nubes blancas y que parezcan un rebaño de elefantes blancos.

A continuación, se debe abarcar con la vista el mar, los montes, el cielo.

Luego, el cielo, los montes, el mar.

Además tiene que saber a ciencia cierta que su padre ha pasado por ese camino, en autocar o en un taxi, alquilado en Kotor, y estar convencido de que ha presenciado la misma escena: el sol que emerge por el oeste de entre unas nubes semejantes a un rebaño de elefantes blancos, los altos montes que se pierden en la neblina, el azul oscuro como la tinta del mar en el golfo, la ciudad al pie de las montañas, el barco blanco que atraca en el muelle, la fábrica de jabón, cuya chimenea escupe un humo denso, y las enormes vidrieras que arden con la luz de un incendio.

Asimismo, hay que prestar atención al canto de los grillos (como si se diese cuerda a millones de relojes de pulsera), porque de lo

contrario puede olvidarse fácilmente, al igual que puede pasar desapercibido, por su persistencia, el olor del ajenjo a la orilla del camino.

Después debe olvidarse todo lo demás y contemplar desde esta perspectiva divina el encuentro de los elementos: aire, tierra, agua.

Entonces, si se han cumplido todas las condiciones, percibirá la sensación de eternidad que Koestler denominó «sentimiento oceánico».

P.S.

Un amigo mío, reportero gráfico, hacía fotos, con permiso del capitán, en un crucero soviético anclado en Kotor. Luego, desde la costa, fotografió con un objetivo de gran angular, el buque y el paisaje del golfo. Cuando reveló la película, estaba negra como la noche.

El conocimiento de la eternidad, «sentimiento oceánico», produce en la película fotográfica, independientemente de la técnica de *brouillage*, sólo manchas rojas, negras o verdes si durante la exposición falta uno de los sentidos: oído, olfato o vista.

Mi padre contempló esta misma escena en 1939 (cinco años antes de que desapareciera en Auschwitz), y en 1898, el señor Sigmund Freud, que después soñaría su famoso sueño de las Tres Parcas.

B

(The worst rathole I visited?)

Desde fuera:

La rectoría del pueblo oculta la casa por un lado, por el otro, un establo de madera, y de frente un haya achaparrada. La casa es de adobe, el tejado de tejas ennegrecidas medio rotas o sueltas. La puerta es baja, así que una persona adulta sólo puede entrar si se dobla en dos. Una ventana de medio metro cuadrado da al árbol, que se halla a unos diez metros del cuchitril. Esta ventana se abre hacia fuera. Al otro lado, hacia el «jardín», donde están situadas las letrinas y un trozo abandonado de tierra infestada de malas hierbas, se abre una claraboya redonda incrustada directamente en la pared. El cristal está roto en parte. El agujero está tapado con trapos.

Por dentro:

La estancia está dividida en dos partes por un delgado tabique de adobe: la más grande, 2x2, y la más pequeña, 2x1. La primera se llama «dormitorio» y la segunda «cocina». Las paredes están pintadas del color ocre que se obtiene al diluir arcilla en agua tibia. Debido a la acción de la humedad y del sol, esta capa se infla o se forman en ella grietas semejantes a escamas o a los lienzos descoloridos de los antiguos maestros. El suelo también es de arcilla y está unos centímetros por debajo de la superficie del patio. En días bochornosos, la tierra apesta a orina. (Aquí se encontraba antaño el establo).

En el cuarto más grande hay dos camas y dos armarios separados de la pared unos diez centímetros. En el suelo, extendida en diagonal, una jarapa va desde la puerta de entrada hasta la cocina. En una esquina de la cocina se halla un fogón de hojalata,

dos o tres ollas colgadas de grandes clavos y un arcón de madera que se usa como cama y como alacena. Al lado del fogón hay un montón de piñas podridas y húmedas que sirven para alimentar el fuego. La cocina está llena de un humo denso, tan denso que los que están sentados sobre el arcón y en los pequeños taburetes de madera casi no se ven. Sus voces llegan a través del humo como a través del agua.

—Aquí había un despertador, en este clavo —le cuento al hombre que me ha traído desde Budapest en coche—. Se lo llevó un soldado ruso borracho en mil novecientos cuarenta y cinco.

—Aquí colocarán una placa conmemorativa —dice el hombre irónicamente en el momento en que salimos—, en la que pondrá: Aquí vivió el escritor yugoslavo D.K. de 1942 a 1947.

—Por suerte, está previsto que derriben la casa —replico yo.

—Es una pena —dice el hombre que me ha traído desde Budapest en coche—, si tuviera una cámara, sacaría una foto de esto.

P.S. Los textos A. y B. están conectados por unos lazos misteriosos.

Notas
por Mirjana Miočinović

NOTA GENERAL

Los relatos breves de Kiš: *El apátrida, Jurij Golec, Laúd y cicatrices, El maratoniano y el juez de carreras, El poeta* y *La deuda*, fueron escritos entre 1980 y 1986, y están relacionados más o menos estrechamente con el libro *La enciclopedia de los muertos*. Les hemos añadido un breve texto en prosa, que consta de dos partes, A y B, las cuales aparecen sin título en el manuscrito. Aunque no pertenece al mismo género, este texto funciona como una metáfora (y metonimia) en relación con la mayor parte de la obra en prosa de Kiš: por eso se ha introducido en este libro y se ha situado al final «como una suerte de epílogo lírico».

El libro *El almacén* (Obras Completas, BIGZ, 1995) abarca todas las obras póstumas de Danilo Kiš, excepto las poesías que han sido publicadas en un volumen aparte; los relatos mencionados figuran como un capítulo de dicho libro, un fragmento lógico de un *megagénero*, las obras póstumas como género. Sin embargo, no es difícil advertir que los cuentos, por su número, volumen y afinidad temática forman un todo al que no se debe negar una existencia independiente. Así ha surgido la colección de relatos *Laúd y cicatrices*, en cuya primera edición (BIGZ, 1994) no estaba incluido *El maratoniano y el juez de carreras*, porque en esa época el azar no nos había sido favorable y aún no había sacado a la luz las páginas

perdidas del manuscrito.

Cuando decidimos dar a la colección completa el título de uno de los cuentos, no teníamos en mente su privilegiada posición, sino la capacidad del título para unificar temáticamente los restantes relatos. También nos pareció atractivo su potencial oximorónico[31] en el que había cierta analogía con el título *Jardín, ceniza*. No obstante, ahora creemos que esta sofisticada reflexión nos ha llevado por un camino equivocado y que el título —el que con más coherencia enlaza temáticamente los relatos—, debería haber sido *El apátrida*. Pero el libro tiene ya vida propia, en su idioma original y en las traducciones, y cualquier cambio de título se interpretaría más como una operación de *marketing* que como un intento sincero del editor por reparar el error cometido.

Como se trata de textos redactados a partir de los manuscritos del autor, hemos creído conveniente que esta edición ofreciera al lector una descripción detallada: forma de escribir, número de páginas, tipo de correcciones, versiones (si las hay). Los relatos se editan en la versión que, con absoluta seguridad, hemos considerado la última, y que concierne igualmente a las correcciones del autor introducidas con posterioridad. En las notas a pie de página registramos todas las imprecisiones o fragmentos inacabados, todas las vacilaciones del escritor, al igual que cualquier intervención personal nuestra por insignificante que sea.

No hemos podido substraemos a la tentación de aventurarnos, de vez en cuando, a hacer interpretaciones, a señalar algún paralelismo, a apoyarnos en la propia memoria, sobre todo cuando se habla de la génesis de un determinado texto. Por este motivo, el volumen de nuestras notas no es uniforme, porque, al fin y al cabo, todo dependía del material del que partíamos y de la fidelidad de la memoria. Ni siquiera hemos omitido en esta edición algunas de nuestras dudas originales, las incertidumbres a la hora de elaborar las conclusiones, que más tarde fueron desechadas por hallazgos posteriores, quizá llevados por el deseo de mostrar que la redacción y composición de un manuscrito supone una labor en las capas del palimpsesto, y que, a través de los errores y las correcciones, (del editor, naturalmente) el propio metatexto adquiere también ciertas características propias de un palimpsesto.

El apátrida

El relato *El apátrida*, que nos llegó de forma «inacabada e imperfecta», está inspirado en la vida de Ödön von Horvath. Al lector no le será difícil adivinar los motivos del interés de Kiš por este «destino centroeuropeo», que terminó de modo tan estrafalario en los Campos Elíseos, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Recordemos: Ödön von Horvath falleció el 1 de junio de 1938 durante una tormenta que se abatió sobre París, derribando árboles y arrastrando todo que lo que se ponía en su camino. Una rama pesada mató al honorable Ödön von Horvath en el mismo umbral del Teatro Marigny. Por cierto, había ido a París porque un «extra-mago» de Amsterdam le había predicho que en esa ciudad le sucedería algo ¡que cambiaría su vida por completo! (También se reconocerá fácilmente el retrato de un poeta anónimo, que es un personaje secundario, pero muy importante de esta historia. Se trata de Endre Ady que estuvo ligado de forma similar a la vida de Horvath y a la de Kiš y a sus destinos literarios. En este sentido, *El apátrida* es en algunos pasajes una réplica concisa de unos fragmentos del texto de Kiš: *Excursión a París*, de 1959, dedicados a Ady).

En 1970, llegó por primera vez a manos de Kiš una traducción de los dramas de Horvath. Se trataba de una edición de Gallimard (*Noche italiana, Don Juan vuelve a casa y Ciento cincuenta marcos*) de 1967, con una introducción que ofrecía al lector francés los datos principales de la vida de un escritor hasta entonces completamente desconocido. A partir de ese instante, Horvath entró en el «almacén» de Kiš dedicado a figuras emblemáticas, «temas de novela, argumentos para relatos, paralelismos…». Pero tuvieron que pasar diez años (una década en la que escribió *El reloj de arena, Una tumba para Boris Davidovich* y *La lección de anatomía*) para que el destino de *El apátrida*, por razones que en gran medida superan el propio atractivo literario del tema, empezara de nuevo a adueñarse de Kiš. Porque en 1979 comienzan sus diez años de «exilio Joyciano», al término del cual, igual que ocurrió con Horvath, le esperaba la muerte en París. El estímulo exterior llegó, sin embargo, de una tesis doctoral sobre historia y ficción en los dramas de Horvath (Jean-Claude François, *Histoire et fiction dans le théâtre*

d'Ödön von Horvath, Presses Universitaires de Grenoble, 1978). En una página sin numerar del manuscrito de *El apátrida* está anotado lo siguiente:

«La historia del Apátrida o del Hombre sin patria me obsesionó durante años, de hecho, desde el mismo instante en que en una revista leí una noticia breve sobre su vida y su trágico fin. Mi primera intención fue escribir sobre él un ensayo o un estudio. Elaboré unos apuntes, unas cuantas de esas notas ingenuas en las que uno pone sus propias reflexiones en boca de sus personajes. Todo esto era, en realidad, sólo un medio de tranquilizar mi conciencia y forjarme la ilusión de que una anotación semejante era ya el principio de un relato, su núcleo, la viga maestra de la futura construcción literaria. Las cosas, por supuesto, no pasaron de ahí. Pero, entonces, un día me topé (¿por causalidad?) con una tesis doctoral que hablaba de mi apátrida. De repente, el personaje volvió a cobrar vida. ¿Qué encontré referente a mi héroe en esta tesis? Una multitud de datos, fechas y hechos útiles, pero mi historia, mi narración imaginada se desmoronó. El secreto, la atmósfera de misterio que rodeaba la vida y la muerte de mi "protagonista" se desvaneció inesperadamente. No obstante, decidí perseverar, intentar recuperar lo desconocido y el aire de misterio. Rellenar, a mi modo, la estructura desnuda de los hechos, parecida al casillero de un crucigrama».

(Este pasaje podría haber entrado, tal cual, en el Post scriptum de *La enciclopedia de los muertos*. Probablemente fue escrito con este fin.)

Entre los manuscritos póstumos de Kiš se conservan siete índices para un libro de relatos que se publicó en 1983 con el título de *La enciclopedia de los muertos*. En los dos primeros, que podemos situar sin dificultad en 1980, está también apuntado el titulo *Ödön von Horvath*, con la indicación del número previsto de páginas (diez en el primero, ocho en el segundo). Los dos índices están escritos a mano en la mitad de un Folio. Un resto de cinta adhesiva prueba que la lista de los títulos (como una especie de obligación literaria) estaba pegada en un lugar visible. Sin embargo, el relato sobre Ödön von Horvath no figura bajo ninguno de los títulos de los otros cinco índices escritos a máquina, que sólo contenían títulos de cuentos acabados. Entre los papeles hallamos, no obstante, cuarenta

y siete páginas mecanografiadas que pertenecen al «argumento de un relato» dedicado a la vida y muerte de un *apátrida*, En la cabecera de una de ellas figura, escrito a máquina con letras grandes: EL APÁTRIDA/EL HOMBRE SIN PATRIA, y debajo, entre paréntesis, EL ESPÍRITU ES NUESTRA PATRIA. Hemos titulado el relato según la primera palabra subrayada, considerando los dos títulos restantes como variantes. Con estas cuarenta y siete páginas, en su mayoría sin clasificar ni pasar a limpio, se podrían formar sin muchas dificultades dos partes independientes relacionadas entre sí como primera y segunda versión. La primera contiene catorce folios numerados, con marcas de corrección realizadas evidentemente de una tirada, con un fino rotulador negro. La historia de *El apátrida*, que esta vez lleva el nombre de Egon von Nemeth (la sustitución del apellido Horvath por el de Nemeth, excluyendo las razones puramente literarias, que en esta ocasión no requieren una explicación especial, es por si misma interesante: un apellido característico y frecuente entre los húngaros que vivían en la frontera con los croatas es sustituido por un apellido igual de corriente entre los húngaros de las fronteras germanas), se desarrolla de forma lineal, sin ningún indicio de separación entre épocas cronológicamente muy alejadas. En este texto, sin embargo, con el mismo rotulador negro están incluidos dentro de un circulo y marcados con cifras los fragmentos que más tarde entraron, casi sin ninguna modificación, en la segunda versión de un total de ocho páginas.

La segunda versión se compone de quince apartados señalados con números. La primera página carece de titulo, lo que significa que la versión servía sobre todo para comprobar la validez de la forma: el fragmento como unidad estructural ha sido puesto a prueba. La cuestión de la estructura es aquí lo más importante: el orden de los fragmentos («organización de los acontecimientos»), su extensión, la relación entre su longitud, las interrupciones en el hilo narrativo y el modo gráfico de indicarlas (es característica la ausencia de largos pasajes: cada fragmento tiene la misma densidad semántica de una estrofa). Encima del primer y segundo fragmento han sido mecanografiadas con posterioridad frases tomadas literalmente del texto científico. Una función posible de estas citas es la de servir de síntesis, pero también poseen un fin más

importante, como si el autor de *Una tumba para Boris Davidovich* hubiera querido decir: «¡Contemplen, señores, de qué parto y en qué se convierte más tarde, cuánto y qué “cautamente invento”!»

¿Qué contienen las otras veinticinco páginas? A menudo sin numerar, son sobre todo variantes de pasajes incluidos en las dos versiones mencionadas. Sin embargo, también hay hojas en las que la «primera mano» dejó huellas de sucesos de la vida del apátrida que completan toda su historia. No sin escalofríos, nos hemos aventurado a continuar con la composición del relato (la fragmentación de la segunda versión nos facilitó el trabajo) y hemos encontrado una justificación en el deseo de enfrentarnos a lo irrecuperable.

Jurij Golec

En los tres últimos índices de *La enciclopedia de los muertos*, entre los siete existentes, aparecen los títulos *Jurij Golec* y *Laúd y cicatrices*, por este orden. En el séptimo, ambos están tachados a mano. ¿Por qué fueron excluidos estos dos relatos, a pesar de que encajaban perfectamente en el tema principal del libro (los dos tienen un «soporte metafísico» en el amor y la muerte)? Quizás hay que buscar el motivo (el único para el que se pueden adjuntar pruebas materiales) en el cambio radical de estilo, que se ha adaptado a su carácter autobiográfico, no ficticio. En su lugar, se incluyó en el último momento el relato *Sellos rojos con la efigie de Lenin*. Decimos en «el último momento», porque su título no figura en ninguno de los índices del libro, lo que significa que se incorporó justo antes de entregar el manuscrito a la imprenta. Esta «fantasía» resume los mundos de los dos relatos, y al mismo tiempo se atiene más a la gama estilística del libro. Si la exclusión se debe a ello, es una pregunta de poética que supera el marco de estos comentarios.

El relato *Jurij Golec* se conservó en manuscrito en cuatro versiones (no contamos las capas de «palimpsesto» que constituyen

las correcciones introducidas a mano) con un total de ciento diecinueve páginas escritas a máquina, a las que hay que añadir cincuenta y cinco folios con variantes de ciertos pasajes o con notas y esbozos literarios. El orden de las versiones se establece sin dificultad. La primera cuenta veintiséis páginas y se titula *El actor*, la segunda, sin título, tiene cuarenta, pero estas versiones no abarcan más que la mitad de la historia. La tercera versión y la cuarta, la definitiva, ambas tituladas *Jurij Golec*, tienen casi el mismo tamaño (veintisiete y veintiséis páginas). La diferencia básica entre las versiones estriba en la evidente reducción del texto y sustitución de los nombres propios reales por nombres imaginarios o iniciales. El principal problema técnico (que es el motivo esencial de las versiones) es la estructuración de los diálogos sin muletillas narrativas. Las formas habituales «dice», «digo», y otras se reducen al mínimo (en el texto final se utilizan sólo cuando el sentido de la frase o su ritmo lo requieren).

Como estaba planeado que el relato formara parte de *La enciclopedia de los muertos*, contiene una *nota* que debería de haber entrado en el *Post scriptum común*. Aquí la hemos adjuntado al cuento añadiendo la anotación Post scriptum. Hemos considerado que con la posterior revelación de la identidad del protagonista, se refuerza de forma retrospectiva el carácter no ficticio de la narración, mientras que la materia típicamente novelística de esta nota amplía hasta el infinito el mundo del argumento básico de la historia. Hemos encontrado la justificación formal en el hecho de que también el relato *Breve biografía de A. A. Darmolatov. (Una tumba para Boris Davidovich)* acaba con un Post scriptum en cursiva.

Laúd y cicatrices

El relato *Laúd y cicatrices* fue concebido para formar parte de *La enciclopedia de los muertos*. Ya hemos mencionado algunas hipótesis sobre las razones por las que, al igual que *Jurij Golec*, no se incluyó

en la colección (ver nota anterior). Entre los manuscritos, se conservaron dos versiones: la primera no tiene título y se compone de diecisiete páginas escritas a máquina (quince numeradas por orden entre las que se incluyeron dos con las anotaciones 2a y 6a); la segunda, con el título *Laúd y cicatrices*, cuenta catorce páginas. En los dieciséis folios restantes se encuentran principalmente versiones de la parte introductoria del relato. Aquí también añadimos la *nota* prevista para el *Post scriptum común*. Esta vez con muchas más dudas que en el caso de *Jurij Golec*. La causa es que esta nota tiene en primer lugar una función metatextual: define el género (relato no ficticio), con una consideración posterior sobre Jurij Golec. La fisura entre la narración y el comentario es en este caso mayor. Es un hecho, sin embargo, que la *nota* tiene como objetivo reforzar, *garantizar* la veracidad de la historia (incluso mediante la comparación con la anterior, en la que la parte ficticia era, en cierto modo, una obligación).

Queremos destacar la particularidad argumentativa de este relato en el marco de la obra novelística de Kiš: es el único que podríamos denominar belgradense. Fue escrito a principios de 1983, como una reflexión tardía sobre la propia juventud del escritor, a doble distancia del objeto de la descripción: la distancia en el espacio, porque Kiš vivía en aquellos tiempos en París, y la distancia en el tiempo (trata de los años cincuenta y de un suceso ocurrido a finales de los años sesenta). A esto se añade una historia típica de emigrantes cuyos orígenes se remontan a los años de la revolución rusa. Precisamente, por este motivo, el relato debía de ser, junto con *El libro de los reyes y de los tontos* (en el contexto de *La enciclopedia de los muertos*) el enlace con el mundo de *Una tumba para Boris Davidovich*. Sin embargo, la mención del *Protocolo de los Sabios de Sión* no es sólo una parte de los recuerdos de juventud (y una alusión indirecta a una disputa remota sobre el tema, publicada en la revista *Ovdje: A propósito de Celine*, abril de 1971 y *El antisemitismo es una forma de ver el mundo*, junio de 1971), sino también un modo delicado de establecer ciertas correspondencias entre dos relatos de la misma colección (la profesión de uno de los protagonistas de *El libro de los reyes y de los tontos*, Belogorchev —ingeniero forestal— y algunos detalles más que un lector atento descubrirá son parte de esta «correspondencia»).

El maratoniano y el juez de carrera

El relato *El maratoniano y el juez de carrera* fue escrito en Belgrado, en el verano de 1982. Estaba previsto para el libro *La enciclopedia de los muertos*, y prueba de ello es que el título aparece en tres de los índices del libro (aunque en los dos primeros se llama *El maratoniano*). El manuscrito se compone de seis páginas escritas a máquina con numeración continua; también contiene algunas correcciones menores realizadas con un fino rotulador negro. Sin embargo, entre las obras póstumas encontramos sólo las páginas 2, 3, 4 y 5, que incluimos entre los fragmentos de la primera edición del libro *El almacén*. Unos días antes de que el original saliera de la imprenta, estábamos ordenando los datos para una bibliografía de Kiš y volvimos a repasar las carpetas con los recortes de periódicos. En la primera que cogimos, entre el papel de periódico amarillento descubrimos las dos hojas buscadas durante años: las páginas 1 y 6 de la narración *El maratoniano y el juez de carrera* (título de la primera página). El azar rectificó nuestro imperdonable error. Junto a las dos páginas mencionadas hallamos la fotocopia de las páginas 80 y 81 de la edición rusa del libro de Terts, *Una voz en el coro*, y dos folios más con un texto que se refiere al relato, y que probablemente debería de haber servido como material para la nota (más tarde *Post scriptum*). En el primer folio, escrito con la misma máquina (prestada) que el resto de la narración, figura la traducción de un breve apunte del libro de Terts (procedente de las citadas fotocopias) a partir del cual surgió la historia, y en el segundo folio (máquina Olympia Monica), además de las tres últimas frases del relato, en otro orden y entre paréntesis, una oración que no aparece en el manuscrito original. Las adjuntamos aquí, porque consideramos que estos pasajes no nos han llegado en su forma definitiva, lo que nos daría derecho a introducirlos en el *Post scriptum*, como en el caso de *Jurij Golec* y *Laúd y cicatrices*.

(Durante un tiempo pensé que sería interesante agregar este texto de Terts a *La enciclopedia de los muertos*, como un apéndice, a la manera de Borges con el etcétera).

Para el relato *El maratoniano*

«Me contaron el sueño que tuvo cierto letón condenado a veinticinco años de trabajos forzados, un hombre que en un pasado lejano había sido deportista. En el sueño se veía a sí mismo joven, corriendo un maratón de veinticinco kilómetros. El cuerpo inundado por una sensación de frescura y una ligera embriaguez. Pero justo en medio del recorrido, sólo Dios sabe cómo, aparece el juez de carrera: ¡Ya está bien! Es hora de que tome aliento. El corredor titubea, no siente ni una pizca de cansancio, sin embargo, el juez repite indulgente pero firme: ¡a descansar! En ese momento, desde algún lugar llega su difunta esposa, y ella también le espeta: ¡basta! ¡Ya es suficiente! A la mañana siguiente, nada más acabar de contarles a sus camaradas el sueño, el corredor fallece súbitamente de un ataque al corazón. Le quedaban exactamente doce años y seis meses para cumplir la condena.» (Abram Terts, *Una voz en el coro*, Ed. Stenvalli, Londres, 1973). L. Šejka murió en noviembre de 1970.

A cualquiera que hubiese intentado adivinar las páginas que se consideraban perdidas, difícilmente se le habría ocurrido cruzar de este modo los caminos de Valdemar D. y L. Šejka. Para ello, había que tener a Šejka por amigo y guardar durante muchos años su recuerdo en la memoria.

El poeta

Aunque el título *El poeta* no figura en ninguno de los índices de *La enciclopedia de los muertos*, un fragmento escrito a mano, hallado entre los textos que con toda seguridad pueden relacionarse con este libro, nos autoriza a situar también este relato en el mismo contexto. He aquí el fragmento:

«Historia del profesor que escribe un soneto contra Tito y el Partido,

»Después de largos años de prisión, este soneto será transformado en elogio.

»Llevan a Ranković ante el prisionero, etc.»

Dos sonetos.

En el reverso de una página repleta de notas para *Jurij Golec*, está escrito a mano:

Para el relato:

1. El alcalde del municipio derriba el parque.
2. Soneto (de un reaccionario).

El manuscrito de *El poeta* cuenta trece páginas mecanografiadas y con numeración continua. Las correcciones fueron realizadas en tres ocasiones: con un lápiz plomo, con un rotulador azul de punta fina y otro negro. No hay más folios: se trata de un relato creado en un solo bloque, sin pausa, con rectificaciones superficiales.

Sin embargo, la aparición de esta historia en la obra de Kiš no es una casualidad. Las huellas de las reflexiones sobre los años de posguerra son visibles en los apuntes, en los esquemas de los temas literarios virtuales, en los fragmentos de los recuerdos anotados y vinculados a la época en que el autor vivía en Cetinje. Para esta ocasión, entre las abundantes notas, nosotros sólo destacaremos las que están en correlación con el relato: *la militancia y partido en la literatura; la revolución no es para señoritas; el terror en la escuela; pantalones estrechos («flautas»), el corte de pelo, etc.; los periódicos murales; la moral; Lenin-Stalin en física, historia, matemáticas, etc.; el idioma: el lenguaje de los políticos y campesinos: economatos para ministros*.

*

Posteriormente, cuando el relato ya había sido publicado en el libro *Laúd y cicatrices*, encontramos, entre los recortes de periódicos, una carpeta con unos pocos folios y una bibliografía que seguramente habían redactado mientras preparaban las *Obras* (Zagreb/Globus, Belgrado, Prosveta, 1983). En uno de los folios hallamos la siguiente anotación que remite a las «fuentes» de esta narración y a su fondo que tampoco es ficticio.

«Me contaron la historia de un hombre que al finalizar la guerra fue detenido por unos versos subversivos. Lo metieron en la cárcel y se olvidaron de él. Más tarde, alguien se acordó del caso y le ordenó que él mismo rectificase el asunto: que en vez de su poema

subversivo (canticio semianalfabeto) escribiese una poesía de contenido contrario. El hombre aceptó la oferta. Le dieron un plazo largo, muy largo, papel y lápiz: “escribe y borra hasta que sea perfecta”. De vez en cuando lo llamaban y él leía su panegírico. “¡Puede hacerse mejor, *más sincero*!”, le decían. Los miembros más conocidos de la policía iban a visitarlo y a leer sus variantes. Al cabo de diez años, le dijeron: “Bueno, ya ves, ya está bien. El poema es sincero”. Y lo pusieron en libertad».

(Basta para estudiar la relación entre anécdota y narración.)

La deuda

El relato *La deuda* ocupa un total de diecisiete páginas escritas a máquina, encontradas entre los papeles póstumos de Kiš. La versión completa que publicamos aquí contiene doce folios numerados; en medio del primero figura escrito a máquina el título *La deuda*. Las otras cuatro páginas presentan probablemente la *segunda* versión, por orden cronológico, del principio del relato, en este caso sin ningún titulo. En una página aparte, en la que figura el mismo título, sólo hay cinco lineas, que pueden ser consideradas variantes también del principio de la historia.

Las correcciones en el original de doce páginas fueron realizadas con lápiz plomo a lo largo de todo el texto y las hay sobre todo en la parte inicial que precede a la enumeración de «las deudas». Estas correcciones se realizaron, a juzgar por la continuidad, durante la primera lectura del manuscrito. Las restantes, mucho menos numerosas, se hicieron con un fino rotulador azul (el relato, por lo tanto, probablemente sólo fue releído dos veces). Algunas frases sin terminar, que encontramos en las primeras páginas del relato y las correcciones superficiales que son sólo indicios de un arreglo definitivo, demuestran que para Kiš la primera parte no era más que una solución provisional. Sin embargo, en el capítulo de las enumeraciones apenas hay correcciones, lo que indica, que el

problema más difícil para Kiš era el marco narrativo, el propio «acontecer», mientras que la idea básica, *mostrar toda una vida a través de un inventario de deudas* (el recurso de la enumeración tan apreciado por Kiš), se llevó a cabo sin la menor dificultad y de forma irreprochable. A juzgar por el gran número de frases que empiezan en una página y terminan en otra, podríamos decir que el relato fue escrito de una tirada.

El título *La deuda* no figura en ninguno de los siete índices de *La enciclopedia de los muertos* que se conservan, lo que significa que la narración fue escrita después de 1983. El lector reconocerá fácilmente en el personaje del «deudor» a Andrić (Ivo Andrić). A nosotros, sin embrago, esta identificación nos ha llevado, entre otras cosas, a fechar la historia en 1986: Kiš preparaba en aquel tiempo el prólogo de la edición francesa de *La señorita* de Andrić. Aunque circunstancial, este retomo de Kiš a Andrić podría haber sido el origen de este *hommage* al escritor, uno de los más próximos a «la filiación literaria» de Kiš. También el hecho de que el relato quedara inacabado nos autoriza a situar su composición en el año citado, a finales del cual empezó la enfermedad de Kiš.

Casi todas las personas mencionadas en este relato están relacionadas con la infancia y juventud de Andrić (el colegio, los comienzos literarios, los primeros años de la carrera diplomática). Kiš encontró los datos referentes a ellos en el libro de Miroslav Karaulac *Rani Andrić (El joven Andrić)* (Prosveta, Svjetlost, 1980), que cita al principio de su prólogo. Al separarlas de la multitud de personajes que aparecen en el estudio de Karaulac, las convierte en personajes-paradigmas, procediendo a la condensación máxima de la ficción, característica básica de su prosa. «Andrić es sin duda un moralista», dirá Kiš a propósito de su literatura (prólogo de *La señorita*, en *Život*, literatura, BIGZ, 1995), de ahí que la selección de los hechos y el estilo de la formulación (forma, a menudo, sentenciosa) obedezca a los principios que se pueden atribuir a un escritor moralista. La narración funciona, sin embargo, como un doble retrato, porque Kiš hace al mismo tiempo su propio balance personal (terreno delicado de caridad y gratitud), partiendo de sus propias experiencias e inclinaciones. Estamos seguros de que para los lectores no será difícil identificar los puntos de contacto de estos personajes que coinciden en la «doble exposición». (El testamento

de Eugène Ionesco, publicado después de la muerte del escritor en *Le Figaro littéraire*, fue escrito en forma de balance de una vida, un balance de deudas, y comparado con el relato de *La deuda*, escrito casi diez años antes, puede servir para demostrar que la literatura tampoco está exenta del milagro de la coincidencia y de afinidades gemelas. Ver: E. Ionesco, *Gubio sam vreme i lutao*, Borba, 7, Abril, 1994.)

A y B

Podemos, con más o menos seguridad, relacionar con 1986, el año en que se descubrió la enfermedad de Kiš, el origen de esta prosa corta sin título, formada por dos partes A y B. cada una de las cuales lleva un subtitulo en inglés: *The magical place* y *The worst rathole I visited?* Este texto, tres páginas mecanografiadas, fue encontrado entre las obras póstumas ya preparado para su publicación, con el nombre del escritor en la esquina superior izquierda de la primera página. Además del problema de fecharlo, nos preguntábamos por qué Kiš, de repente, había vuelto a los temas, lugares (aquí enfrentados en una oposición radical señalada por los títulos de los capítulos: lugar mágico y la peor madriguera) e imágenes de su «ciclo familiar», y estábamos inclinados, confiando en la infalibilidad de la intuición, a atribuir esta «nostalgia por el hogar» a la premonición del cercano fin. Hoy, teniendo un mejor conocimiento de sus obras póstumas, de sus inventarios de temas y motivos, realizados a lo largo de casi una década (1978-1986), vemos que se trataba más bien del «efecto pérfido de la biografía».

(La señora Pascale Delpech nos dijo hace poco que este texto podría ser la respuesta a una encuesta sobre «el lugar más bonito y el más horroroso». Esa posibilidad eliminaría todas las mistificaciones acerca del motivo, pero no cambiaría el sentido de la elección misma.

La explicación más reciente que recibimos de la señora Delpech

dice: la encuesta fue propuesta por la revista *Actuel* en 1983, pero las respuestas nunca fueron publicadas.)

M.M.

Danilo Kiš (Subótica 1935 - París 1989) es uno de los grandes escritores europeos del siglo XX. Su infancia transcurrió entre Novi Sad, el sur de Hungría y Montenegro. En 1954 se instaló en Belgrado, donde estudió literatura comparada y publicó sus primeras obras. Desarrolló su labor docente en las Universidades de Estrasburgo, Burdeos y Lille. Se instaló en París en 1979, ciudad en la que murió diez años después. Además de su trabajo como novelista y ensayista es importante su labor como traductor del francés (Baudelaire, Lautréamont, Verlaine, Corneille, Prévert, Queneau), del ruso (Tsvetaieva, Blok, Mandelstam, Esenin, Ajmatova) y del húngaro (Ady, Petöfi, Attila, Radnoti) al serbocroata.

Danilo Kiš recibió innumerables premios como reconocimiento de los méritos de sus obras en Yugoslavia, Francia, Alemana, EEUU e Italia. Su obra, que abarca entre otros géneros: novelas, relatos, ensayos y obras de teatro, ha sido publicada por los más importantes editores de todo el mundo.

Notas

[1] En español en el original. (*N. del T*). <<

[2] Frase inacabada. < <

[3] Este fragmento es muy parecido al pasaje cuya ubicación, por desgracia, no hemos podido fijar en la composición global de la «variante», pero no hemos podido renunciar al primero por su función en la encadenación de sucesos. Por eso lo citamos aquí en su totalidad:

«Allí, en Amsterdam, en una calle perdida, en las inmediaciones del canal, nuestro apátrida se encontró de repente entre sus personajes, expresión que utilizaba, no sin cierta ironía, cada vez que atraían su mirada aquellos seres humanos que llevaban en su cara o cuerpo señales evidentes u ocultas de decadencia. La noche había comenzado a caer y en la calle, detrás de una esquina, de pronto empezaron a aparecer mujeres de pelo rizado con vestidos muy ajustados que apoyaban el hombro en la pared». <<

[4] Éstas dos frases están excluidas de la primera edición, (SKG, 1, 1992). < <

[5] Tú eres un poeta. (*N. del T.*). <<

[6] ¡Dios mío! En ruso en el original (*N. del T*) <<

[7] Tonterías. En ruso en el original (*N. del T.*) <<

[8] Tiendas que sólo admitían divisas y que estaban especializadas en ofrecer productos artesanales a los turistas (*N. del T.*). <<

[9] ¡Dios mío! En ruso en el original (*N. del T.*). <<

[10] En español en el original. (*N. del T.*). <<

[11] Pueblos que no son judíos, paganos. (*N. del T.*). <<

[12] Salmos. Libro I, salmo 18, 5, 6 (*N. del T.*). <<

[13] Salmo 38, 2, 3, 9, 10, 12, 22, 23. Libro IV, salmo 142, 6, 7, 8. (*N. del T.*) <<

[14] Salmos. Libro Il, salmo 69, 3. Libro III, salmo 88, 3, 4, 7. (*N. del T.*) <<

[15] En ruso *volosi*, significa peto, *zub*, diente, *družbá*, amistad, compañerismo. Es importante recordar que las letras que dibujan con las manos son caracteres cirílicos (*N. del T.*). < <

[16] Tachado a continuación: debería repartir las doscientas coronas, a las que ascendía su asignación, de forma justa, para no quedar en deuda con nadie. Porque él sabía en ese momento, con la lucidez que sólo otorga el instante de la muerte… < <

[17] A esta parte de la frase, al principio de la segunda hoja del manuscrito, precede un párrafo tachado (nota 16), que, como vemos, no está relacionado con lo que sigue. Cómo se produjo este vado en la sucesión es difícil de decir. Los motivos por los que se tachó están, sin, embargo, claros: por la precipitada introducción de información y la falta de ajuste estilístico de la segunda frase inacabada. < <

[18] Marcada posteriormente con un apóstrofe la palabra *días* y las dos últimas silabas de *contadas* (en serbocroata dani/odbrojani), probablemente para evitar la rima mediante otra solución. <<

[19] Omitido en la primera edición (Književne novine, 15 de Octubre de 1992). <<

[20] De la carta de Andrić dirgida a Tugomir Alaupović el 6 VIl 1920. Citada por Miroslav Karaulac, op. cit, págs. 154-155. < <

[21] Ampliación (posible), anotada a mano en el margen, de la frase a partir de la palabra «a una de ésas» que dice: a Jalena, por ejemplo (y se deshizo de esta idea como si la arrojara por la borda… porque era demasiado dolorosa). < <

[22] Escrito con lápiz plomo en el margen y en el reverso de la tercera hoja del manuscrito. En el texto está marcada por un círculo, a partir de la coma y con lápiz, la parte en la que encontramos sólo los borradores de las enumeraciones inacabadas. El círculo se puede interpretar como una señal para un arreglo pos tenor del párrafo, pero también como indicación del lugar en el que se debía introducir (quizá como sustitución el texto del margen y del reverso). En esto nos fundamos al extraer el apartado del texto básico para incluirlo en la nota. El fragmento dice: durante toda su vida, anudadas a la antigua con un lazo morado, guardó las cartas de amor que, (y en las que…) políticamente comprometedoras… El testamento escrito… <<

[23] Inacabado. < <

[24] Tachado con dos enérgicas rayas diagonales. Pero como el texto que sigue presenta una continuación natural de lo tachado y no puede ser entendido sin ello, decidimos no incluir la nota. <<

[25] La cuantía de la deuda fue escrita posteriormente a mano, primero con letras (dos coronas), y luego con cifras. Considerando que esta segunda solución provisional fue elegida para abreviar, optamos por marcar la cuantía con letras. <<

[26] Parte de una frase del relato *Los perros y los libros* (*Una tumba para Boris Davidovich*). <<

[27] Amiga de Andrić del «círculo bohemio de los tiempos de la guerra en Zagreb» (M. Karaulac), con la que mantuvo una correspondencia intensa durante su estancia en Roma, a principios de los años veinte. En una de esas cartas se encuentra una frase también familiar para Kiš: «Escribo poco y a duras penas: no hay nada sin nuestro país, y yo no puedo vivir ni con él ni sin él». El libro de Karaulac no contiene, sin embargo, ningún dato del carácter de esta persona, interlocutor privilegiado de Andrić. De ahí probablemente este vacío y el aplazamiento de la reflexión. <<

[28] Sin duda, la posterior anotación de la cifra se debe a un olvido involuntario. < <

[29] El lector encontrará los datos sobre el «profesor» en *La lección de anatomía*. (En la Edición de BIGZ de 1995. págs. 267-272). <<

[30] En francés en el original. (*N. del T.*). <<

[31] Oxímoron: Unión sintáctica de dos conceptos contradictorios en una unidad, la cual queda cargada de una fuerte tensión contradictoria. Una especie de antítesis. (*N. del T.*). <<